

ONETTI EN EL CONVENTO - DIEZ SANMARIANOS EN SAN BENITO DE ALCÁNTARA

# ONETTI EN EL CONVENTO

DIEZ SANMARIANOS  
EN SAN BENITO DE ALCÁNTARA



SECRETARÍA GENERAL IBEROAMERICANA  
FUNDACIÓN SAN BENITO DE ALCÁNTARA

**ONETTI EN EL CONVENTO**

DIEZ SANMARIANOS  
EN SAN BENITO DE ALCÁNTARA



# ONETTI EN EL CONVENTO



## DIEZ SANMARIANOS

EDUARDO BECERRA

RAFAEL COURTOISIE

JUAN CRUZ RUIZ

JORGE DOTTA

CARLOS FRANZ

MIGUEL ÁNGEL LAMA

EDMUNDO PAZ SOLDÁN

SANTIAGO RONCANGLILO

PEDRO ANTONIO VALDEZ

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

SECRETARÍA GENERAL IBEROAMERICANA  
FUNDACIÓN SAN BENITO DE ALCÁNTARA

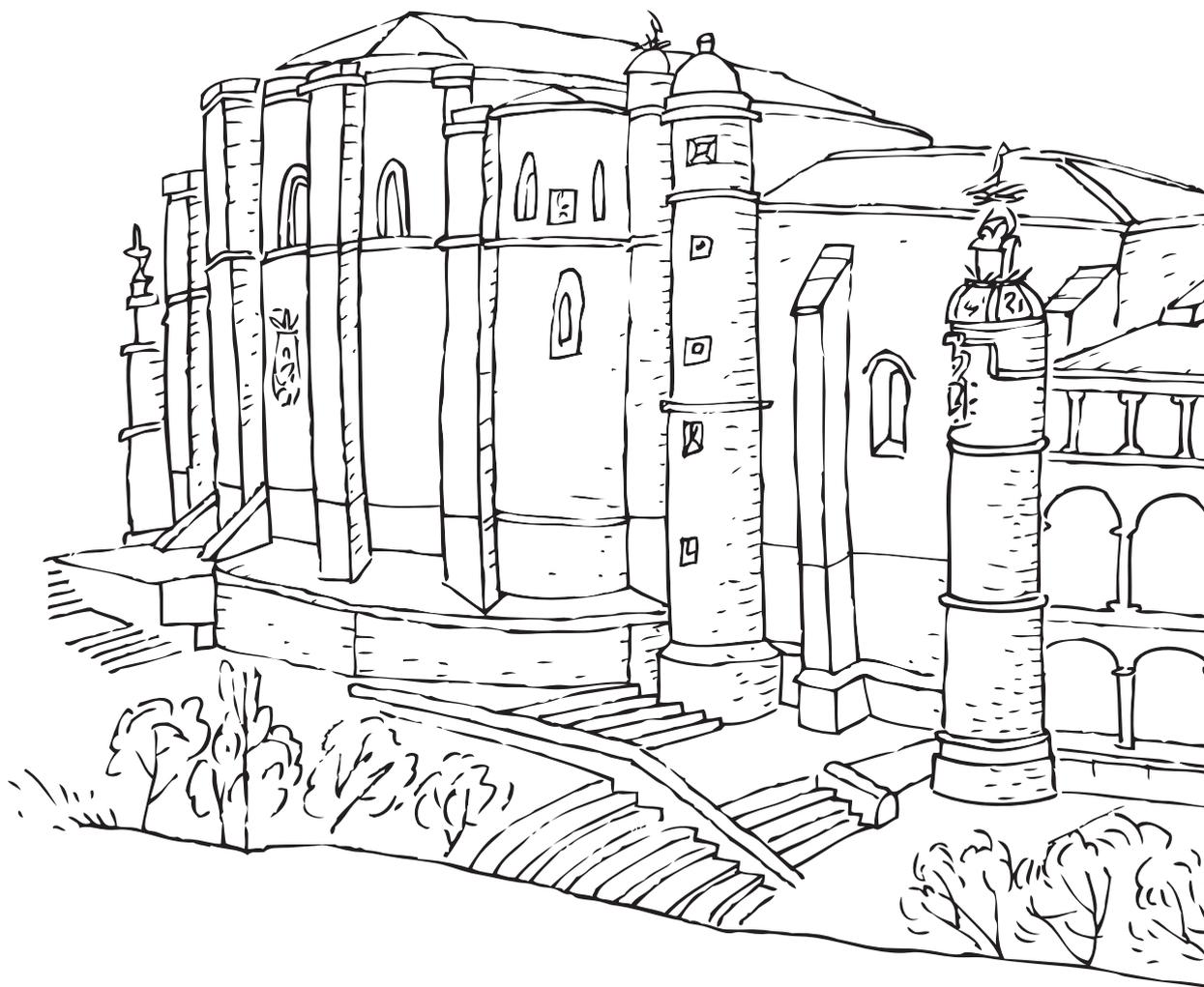
Madrid 2009



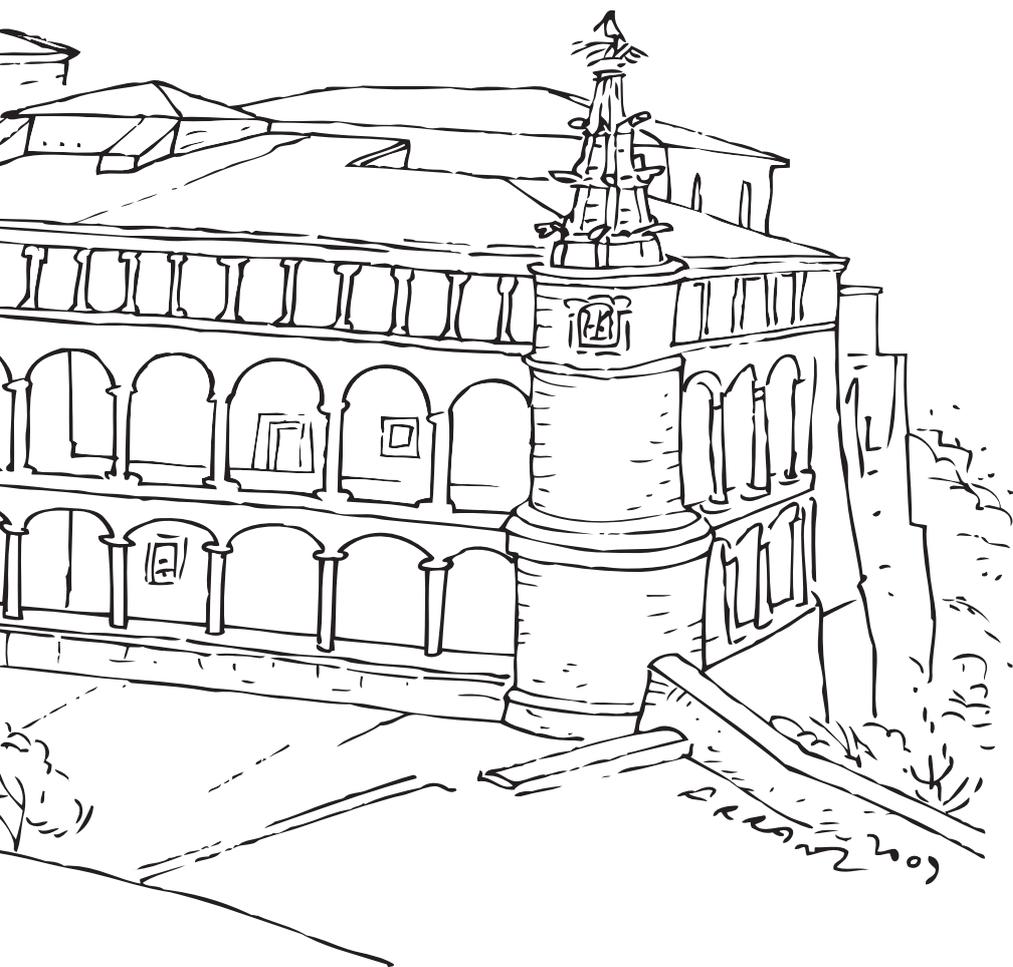
## INDICE

- 7** ENRIQUE V. IGLESIAS
- 13** ANTONIO SÁENZ DE MIERA
- 19** JORGE DOTTA
- 25** EDUARDO BECERRA
- 33** CARLOS FRANZ
- 41** RAFAEL COURTOISIE
- 47** MIGUEL ÁNGEL LAMA
- 53** SANTIAGO RONCANGLILO
- 59** JUAN GABRIEL VÁSQUEZ
- 65** JUAN CRUZ RUIZ
- 71** PEDRO ANTONIO VALDEZ
- 79** EDMUNDO PAZ SOLDÁN
- 85** LEONOR ESGUERRA PORTOCARRERO





**ONETTI EN EL CONVENTO**  
ENRIQUE V. IGLESIAS





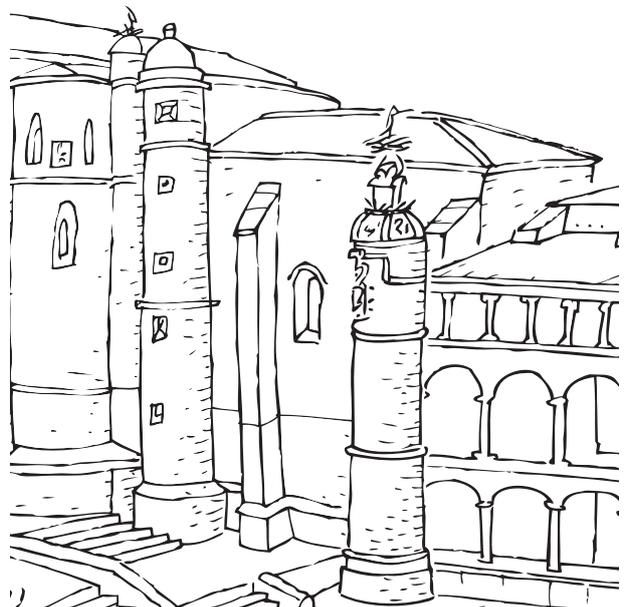
**P**resentar un libro en homenaje a Onetti me compromete doblemente, en mi calidad de uruguayo y de Secretario General Iberoamericano. Como uruguayo me siento profundamente conmovido por un escritor que sin compartir todas las glorias de los más famosos del boom latinoamericano —porque no le interesaron— ha permanecido como el más constante en ese universo que puso a temblar los cimientos de la literatura. El boom reinventó en su momento la manera de escribir en español, tanto como la forma de percibir la realidad. Fue un estallido de vigor que marcó la más aguda inflexión de la literatura en lengua castellana. Onetti se mantuvo discreto, sus novelas y cuentos son historias de personas no cosmovisiones, pero son universales. Onetti sigue siendo grande entre los grandes, siempre vigente y sin desgaste. Su nihilismo literario lo hizo precursor de los existencialistas. Es considerado no sólo el escritor más importante que ha dado la literatura uruguaya, sino uno de los máximos creadores de la narrativa del siglo XX. Los temas y la atmósfera que configuran la producción de Onetti son comunes y sórdidos: la soledad, la prostitución, la rutina, el dinero. Su exasperado realismo es una auténtica obra maestra. Juan Villoro escribió para el primer tomo de las Obras completas de Onetti<sup>1</sup> “en Santa María, una placa teñida de verdín describe el sencillo y poderoso legado de Brausen: ‘Fundador’. Pocos autores merecen la extraña palabra que designa lo que apenas comienza. Onetti fue el primero. El tamaño de su herencia es todavía futuro”.

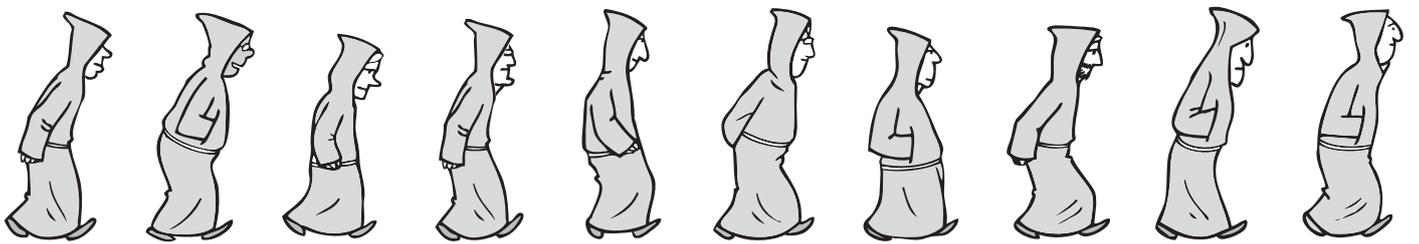
De su herencia habla este texto que publica la Secretaria General Iberoamericana y constituye el segundo aspecto por el que me da mucho gusto presentar el libro. Es porque en mi calidad de Secretario General me he propuesto promover las nuevas generaciones de creadores iberoamericanos; que la SEGIB sea eco de sus voces para que lo iberoamericano resuene en todas

partes con su inmenso talento. Los escritores, los músicos, los pintores, los actores y los cómicos, todos tienen un espacio de apoyo en esta casa. Que los sanmarianos, Eduardo Becerra, Juan Cruz, Rafael Courtoisie, Jorge Dotta, Carlos Franz, Miguel Ángel Lama, Edmundo Paz Soldán, Santiago Roncagliolo, Pedro Antonio Valdez y Juan Gabriel Vásquez, la zaga de Onetti, hayan aceptado la celebración conjunta de los 100 años de Onetti me complace mucho. Este libro es su testimonio. Cada cuento y cada ilustración de Jorge Arranz es una joya, un tributo al escritor uruguayo y un reconocimiento a la labor de la Secretaria. A todos ellos, así como a la Fundación San Benito de Alcántara, a la Embajada de Uruguay y a la Casa de América, muchas gracias.

ENRIQUE V. IGLESIAS  
*Secretario General Iberoamericano*

<sup>1</sup> Galaxia Gutenberg





**SAN MARIANOS EN SAN BENITO**  
ANTONIO SÁENZ DE MIERA



*“Ahí estaré esperando una cita imposible, un encuentro que no se cumplirá”*

*Balada del ausente. Juan Carlos Onetti*

U n grupo, puedo decir que bien elegido porque nada tuve que ver en ello, de escritores iberoamericanos, pasaron tres días en el Convento de San Benito dialogando sobre la figura humana y literaria de Juan Carlos Onetti (Montevideo 1909; Madrid 1994). Aquí podría acabar este escrito, porque eso es lo que sucedió, sin más aditamentos. Está dicho casi todo lo necesario: qué, quiénes, cuándo... Alguien dijo que en el comienzo de una historia tiene que estar dicho lo esencial. Argumentos no falta para defender tal cosa, pero siempre es necesario un desarrollo, una explicación.

Teníamos una razón convencional para hablar este año del autor uruguayo y era la celebración del centenario de su nacimiento. Pero sabíamos que cualquier excusa era buena para hacerlo y que, por tanto, ni siquiera hubiera sido necesaria esa efeméride para que unos escritores iberoamericanos, jóvenes y menos jóvenes, pero todos deudores, sabiéndolo o sin saberlo bien del todo, de su obra, dedicaran unos días de su vida a glosarla y discutirla. El que lee los libros de Onetti, conoce su biografía, contempla su rostro en las fotografías que tenemos de él, de una forma o de otra se convierte en onettiano, entra a formar parte de un extraño y selecto club de admiradores, secuestrados por su mundo, por su literatura, por su pesimismo existencialista.

Podría uno preguntarse, sin embargo, y, seguro que muchos de los participantes en los coloquios de “San Benito” lo hicieron en algún momento, si un convento de la Orden de Alcántara en medio de Extremadura era el lugar más idóneo para hablar de Onetti. ¿Qué pintaba ese escritor, al que

podemos imaginar, equivocadamente o no, tumbado en una cama acompañado de una botella de whisky, en el claustro de un convento? Es bastante probable que esa imagen de la cama y el whisky tenga mucho más de leyenda que de realidad, pero lo que si sabemos con seguridad es que sus personajes de ficción frecuentaban más garitos y prostíbulos que lugares de devoción y piedad. Sabemos también con certeza que a nuestro autor no le gustaban ni poco ni mucho las mesas redondas y las tertulias literarias; eso lo ha dejado meridianamente claro en sus escritos: “No conocí conferencias, deliberaciones, polémicas, congresos o mesas más o menos circulares que hayan servido para nada”, afirmó en una entrevista ahora publicada en la edición de sus obras completas.

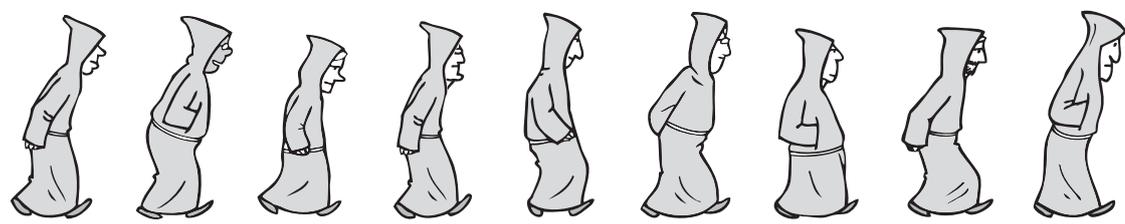
Todo parecía, pues, estar en contra del éxito de aquella iniciativa, si dejamos a salvo el entusiasmo y la buena voluntad de sus organizadores. Ni el lugar, ni el propósito ni el método respondían a las preferencias del que estaba llamado a ser el protagonista de la reunión. En apariencia, el escenario de aquel debate no podría ser más ajeno al mundo onettiano. Pero quizás no lo fuera del todo: la imaginación literaria encuentra vías para conectar mundos extraños y puede que opuestos. Y eso es lo que finalmente pasó. “Sanmarianos” de Uruguay, de Colombia, de Perú, de Chile, de la República Dominicana y de España, encontraron el modo de transformar el convento de San Benito, con sus palabras y sus gestos, en un jalón más del itinerario imaginario de Juan Carlos Onetti. Ahí estaba la fuerza de la palabra y de la literatura. Quizás el mismo Onetti se hubiera reído de nuestras conversaciones y debates, o tal vez hubiera disfrutado como no hubiera podido imaginar, quien lo puede saber. No éramos críticos literarios, sino devotos lectores de su obra, escritores hablando de otro escritor, con admiración, respeto y sentido del humor. Hijos o nietos hablando del padre que ya no está. Así que no todo lo teníamos en contra...

Sea como fuere, el experimento funcionó e incluso me atrevería a pensar que funcionó muy bien. Así lo pueden atestiguar las cámaras de la televisión educativa iberoamericana, testigos invisibles y permanentes del encuentro y también Leonor Esguerra, la Directora de Cultura de la SEGIB, responsable fundamental de aquel encierro literario. Atenta, solícita, pendiente de todos los detalles, Leonor se sumergió en el intrincado mundo del uruguayo y me temo que haya quedado convertida ya para siempre en una “sanmariana” beligerante y comprometida. Como yo mismo, debo decirlo: “sanmariano” beligerante y comprometido. Pocas veces, en mis ya numerosas

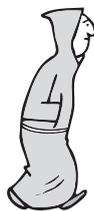
vivencias conventuales, me he sentido tan inmerso en las conversaciones y en los debates, tan metido en harina, podría decir, como en esta reunión de escritores, críticos y novelistas, cuando resulta que yo no soy nada de eso. No tengo más remedio que atribuir lo que me sucedió durante aquellos tres días a un milagro de San Onetti y a la magia de la literatura. Se habló mucho y bien, y se estableció un clima de convivencia que favoreció la creatividad y el ingenio. El whisky tampoco faltó, ni faltaron los paseos por la villa de Alcántara, solitaria, perdida en el tiempo y en la historia y la inevitable visita al Puente Romano, en la roca del Tajo, en el que “el arte se ve vencido por su propio objeto”. El entorno, la Villa de Alcántara, el paisaje, el propio Convento, intervinieron, de alguna manera, no sabría decir muy bien cómo, en el clima que entre todos alcanzamos a crear.

Y llegó el momento de las despedidas y nos dimos cuenta de que costaba deshacer, así y sin más, ese clima que habíamos creado, esas palabras que habíamos dicho y escuchado. Consideramos que debía quedar constancia escrita, que tuviese, al menos, una memoria literaria acorde con el espíritu que impregnó la reunión. Por eso, antes de marcharnos cada uno por nuestro lado, nos comprometimos y les comprometimos, a escribir unas palabras sobre la experiencia vivida. Onetti, el convento, y los ecos de los dos días de debates que habíamos celebrado, entre el rigor del análisis y la reflexión meditada y los efectos más efímeros y tamizados del recuerdo, la imaginación, las asociaciones, que permite y reclama, tal vez, el mundo literario. Queríamos tan sólo pequeñas piezas sobre una experiencia concreta, sobre unas conversaciones mantenidas, y, en particular, sobre una inédita, quizás imposible, relación entre Onetti y su mundo y el convento. Los “san marianos” cuentan, a su modo, lo que vivieron o imaginaron vivir aquellos tres días en San Benito. Sus escritos aparecen en este libro que lleva como título: “Onetti en el Convento”, un atrevimiento que nos ayudará, espero, a seguir leyendo y hablando del universal y genial escritor uruguayo. Y todo esto gracias a la iniciativa de la Casa de América y la SEGIB y al apoyo de la Consejería de Cultura de la Junta de Extremadura. La Fundación San Benito puso el Convento y Extremadura el marco ideal para unas conversaciones inolvidables.

ANTONIO SÁENZ DE MIERA  
*Director de la Fundación San Benito de Alcántara*



**ONETTI EN EL CONVENTO**  
JORGE DOTTA



**Jorge Dotta**

(Uruguay, Montevideo, 1960)

Ha cultivado la narrativa y la poesía mostrando su preferencia por el relato breve.

En 1993 publicó su primer libro de cuentos titulado *Terapia Frustrada* bajo el seudónimo de Leonardo Pietri.

Posteriormente publicó ya con su nombre varias obras entre las que se destacan *Desde la Barra* (1995), *Cuentos de Diplomáticos*, (1995, en coautoría), la novela *El Rostro que Ramsés no vio* (2004) y *Los que tapan el sol* (2004).

Desde comienzos de los 90 sus escritos aparecieron regularmente en diversas publicaciones periódicas como las revistas *Graffiti*, *Relaciones*, *Sobretudo* (Uruguay) y en periódicos de Miami y Egipto (el semanario en francés *Al Ahram Hebdo* en Cairo). También colabora y publica en el blog "El Montevideano-Laboratorio de Artes".

Es Abogado, pos grado en Derecho Internacional Público y Master en Estudios Internacionales. Diplomático de carrera, ingresó en el Servicio Exterior del Uruguay por concurso de oposición y méritos, llevado a cabo en 1990, en el cual obtuvo el primer lugar.

Ha desempeñado funciones en la Embajada del Uruguay en Egipto y actualmente en España donde es Responsable de Cultura y Artes.

**E**l viaje “me cayó del cielo”, igual que le había pasado a Onetti con *La Vida Breve* y, en realidad, con todo el resto de su bíblica inspiración. La ida al Convento de San Benito junto a tantos expertos *onettianos*, verdadero “viaje a la ficción” —esta vez sin Vargas Llosa pero, en cambio, sí con el alma del “viejo”— me rescataba de una semana sin esperanzas en mi decadente oficina de Madrid.

Me daba envidia no haber sido yo el de la idea de ese viaje y no podía menos que mirar de reojo y con envidia a Leonor, quien había montado aquello con una perfección tan repugnante que hasta había incluido a la televisión para ir grabando nuestra peripecia. Al hacerlo de ese modo ella se aseguraba de que nadie se bajara; o sea, que ninguno abandonara ese viaje. De golpe vi casi blasfemo el hecho de ir hacia un convento en el autobús que ella regenteaba, lleno de hombres y en el cual sobaban los asientos por si llegaran a surgir eventuales clientas en el camino a quienes ofrecerles nuestros servicios. ¿Y yo había podido considerarlo “caído del cielo”; ¡por Dios!, ¿cómo había ido a parar ahí?, ¿cómo podía haber cambiado tanto el mundo en un puñado de años?

Aunque pueda parecer mentira, el horror me despojaba gradualmente, al avanzar por la carretera, de la costra que había ido acumulando sobre mi yo; el dolor de mi humillante condición me convertía en alguien superior a quien era antes de subir al autobús. Ya habría tiempo de matarla —llegado el caso— y organizar una empresa entre todos esos hombres que habían aprendido tantas astucias como para hacer del convento nuestra mina de oro; no era cuestión de apresurarse. El alivio me hacía mirar a Leonor con otros ojos.

Ya estaba empezando a soñar, como si Onetti me hubiera susurrado la receta que le permitió a Brausen la cura de aquello de no tener siquiera la ilusión o *la voluntad de ser otro*, cuando la cámara nos da a quemarropa y el periodista nos pregunta:

—¿De qué hablan los escritores cuando no escriben?

Fue como un palo en la nuca que hizo saltar las raíces de mi sueño que recién se estaba formando y que era para mí casi tan puro como la inmaculada concepción de la literatura de Onetti.

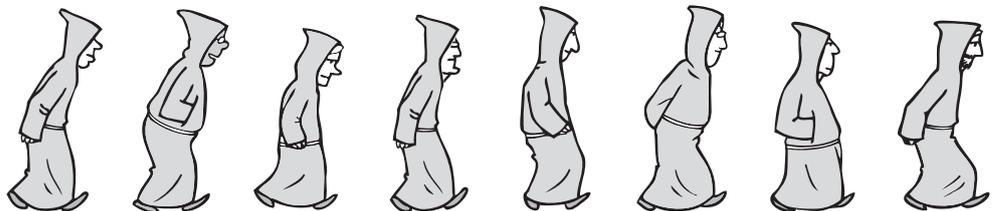
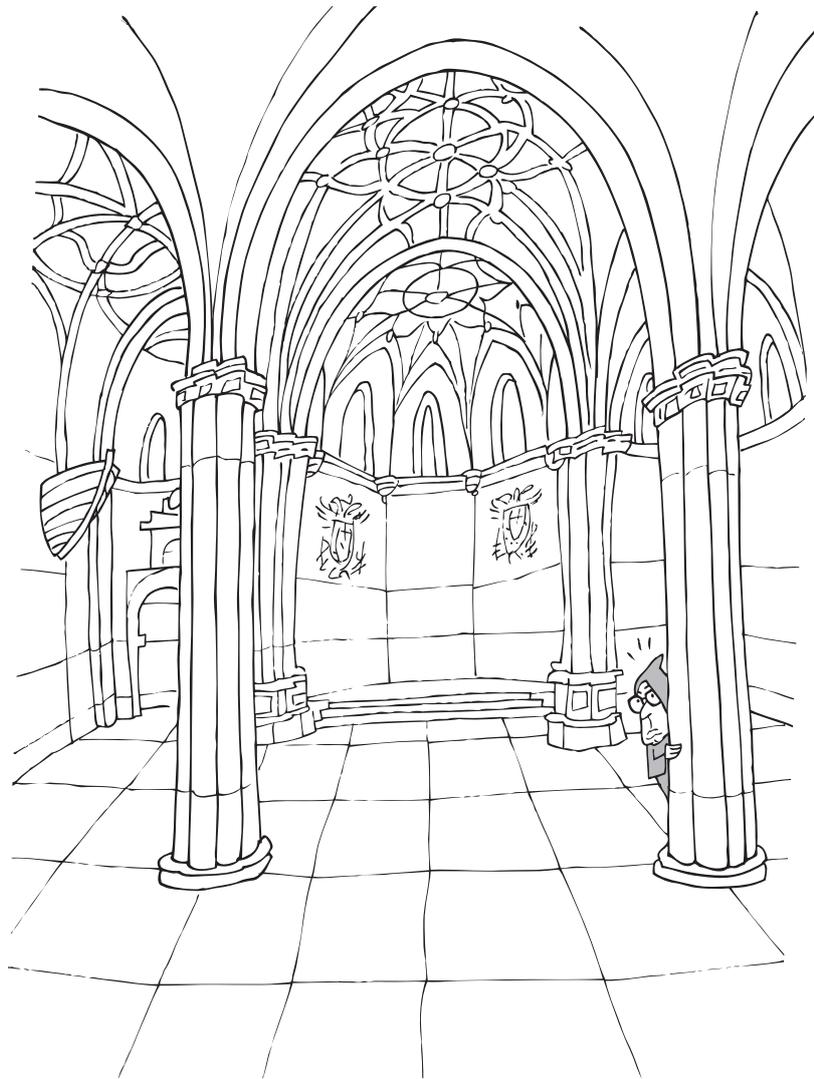
—De muchas cosas y de nada. Contesté aletargado señalando a Rafael Curtoisie como alguien más apropiado para responder a la barbaridad que partía nuestro espacio y postergaba la fertilización de nuestra complicidad. Cerré los ojos y no volví a abrirlos hasta que sacudido por las curvas tuve que apretar fuerte la boca para evitar el vómito. Pensé que no habría estado mal vomitarles la filmación, pero no era tan fuerte y aún no habíamos llegado. Después me enteré de que Rafael les había largado un discurso que los había hipnotizado. No era todo trabajo perdido si, ya que estaban ahí, teníamos que poner a esos tipos de nuestra parte.

“¡Los escritores!”, pensé con rabia, recordando la voz que reivindicaba el sagrado y modesto territorio “del tipo que escribe en un rincón”, inclinándolo el alma en reverencia y pensando en el rincón para meterme no ya a escribir sino para ponerme a salvo hasta llegar al convento. Me puse a pensar que Onetti había vivido una vida conventual, enclaustrado en busca de la salvación, soñando con la pureza y la divina concepción; persiguiendo la palabra perfecta, temeroso del infierno que es más feroz de este lado de las cosas donde están “los demás”. Yo no iba al convento con tal religiosidad, iba con desparpajo a un debate intelectual representando a una Institución. Al llegar, sentí alivio al enterarme de que el Convento de San Benito tuviera una iglesia sin terminar porque sus constructores habían sido convocados para las obras de El Escorial y la dejaron inconclusa.

Una vez allí, a la vista de tumbas sin nombre y con la ayuda del abundante licor existente, la creación literaria de Onetti se convirtió en la verdadera protagonista de la vida del lugar y se apoderó de los convocados, que comenzaron a observar conductas misteriosas y contradictorias que retaban a ser descifradas como los relatos en cuya lectura se habían alimentado, desbordantes de belleza y elocuencia, aunque parecieran irrelevantes. A medida que yo absorbía toda esa energía, retomaba los sueños iniciales de mi viaje, que no excluían “el prostíbulo perfecto” de Larsen, para el cual veía que la inmensidad del convento era perfecta y que afortunadamente en la cocina trabajaban unas chicas guapísimas que nos podrían hacer ricos en cuestión de poco tiempo. Sentí el inconfesable alivio de dejar de odiar-me.

De tal modo, Onetti nos había devuelto nada menos que a nosotros mismos y la posibilidad de procurar en esa estancia en el claustro, aferrados a la precisión de su prosa y a la perfección de sus tramas —desafiantes de los días grises que le tocaron en suerte—, nada menos que nuestra salvación.

JORGE DOTTA



**ONETTI EN EL CONVENTO ¿POR QUÉ NO?**  
EDUARDO BECERRA



## **Eduardo Becerra**

Profesor titular de Literatura Hispanoamericana de la Universidad Autónoma de Madrid y profesor invitado en diversas universidades de Europa, Norteamérica y Asia, es autor de los libros *Rubén Darío y su obra* (2000) y *Pensar el lenguaje; escribir la escritura (experiencias de la narrativa hispanoamericana contemporánea)* (1995); y coautor, junto con Teodosio Fernández y Selena Millares, del manual *Historia de la literatura hispanoamericana* (1995), encargándose del capítulo dedicado a la narrativa contemporánea. En el tercer volumen de la historia de la literatura hispanoamericana coordinado por Trinidad Berrera y publicado recientemente por la editorial Cátedra, se ha encargado de la redacción de los capítulos sobre el panorama de la narrativa del siglo XX, el cuento hispanoamericano contemporáneo y Uslar Pietri y el realismo mágico. Asimismo, ha sido editor de los libros *El arquero inmóvil. Nuevas poéticas del cuento* (2006), *Desafíos de la ficción* (2002), *Farabeuf, de Salvador Elizondo*, (2000); *Líneas aéreas (guía de la nueva narrativa hispanoamericana)* (1999); *Poemas escogidos* (1997), y *Las lanzas coloradas* (1995), de Arturo Uslar Pietri. Entre 1999 y 2003 desempeñó el cargo de director de la Serie Hispanoamérica de la colección Nueva Biblioteca en la Editorial Lengua de Trapo (España) y ha colaborado en revistas como Quimera, Letras Libres, Cuadernos Hispanoamericanos, Lateral, Nuevo Texto Crítico (USA) y Replicante (México), entre otras.

**F**ue algo inesperado, yo no estaba en ese momento en la mesa donde se coció todo. Cuando llegué, hablaban de escribir un texto, en principio una ficción, bajo el tema de “Onetti en el convento”. La respuesta fue la misma en todos los casos: “¿En el convento? No lo veo. Si fuera en el burdel, en una cervecería, en la oficina, pero en el convento, ¿quién puede imaginarse a Onetti en un convento?”

Tenían razón, pero allí estábamos todos, en el Convento de San Benito de Alcántara, para hablar de Onetti, de su obra, de su personalidad, de la importancia de su legado. Un convento con grandes habitaciones hechas para la oración, el reposo y la meditación, con claustro, capillas y múltiples rincones que recordaban un origen religioso que, qué duda cabe, no cuadraban del todo con el mundo imaginario y la vida del autor de *El astillero*. Pero nos habían llevado allí, al convento, para recuperar y hacer posible que la atmósfera de esos dos días fuera digna de él, para tratar de que el fantasma de Onetti se manifestara, y había que ponerse a ello.

Como era un encuentro en el que prácticamente todos menos yo eran escritores, por supuesto pensé, con alivio, que no iba conmigo, que para escribir ficciones ya estaban allí Edmundo, Juan Gabriel, Rafael, Santiago, Pedro, Carlos e incluso Santos, al que el ser poeta no le debía librar del encargo. Pero la cosa quedó clara desde el principio, todos estábamos comprometidos y no era posible negarse. Fue un encargo a quemarropa y reconozco que esperé que en cualquier momento decidieran cancelarlo, pero si escribo esto es porque, obviamente, no llegó a ocurrir.

Comienzo a recordar, buscando pistas desde las que seguir un posible rastro de Onetti en el Convento de San Benito de Alcántara.

## PRIMER DÍA:

El encuentro se llamaba “Sanmarianos en Santa María”, y cuando llegamos Edmundo y yo, a eso de las diez de la noche, vimos que Alcántara era “una ciudad junto al río” Tajo; no era mal inicio para evocar la Santa María de Onetti. Luego, en la cena, Antonio, junto con Leonor uno de los dos de nuestros magníficos anfitriones, comenzó a repartir cargos de la antigua Orden de Alcántara –clavero, canciller, etcétera– a los recién llegados. A todos menos a Santiago Roncagliolo, que por muchos méritos que dijera tener le fueron constante y convenientemente negados una y otra vez. Los elegidos me recordaron de inmediato a Kunz, Gálvez y Larsen, los delirantes empleados con importantes cargos de Petrus y Cia, la empresa fantasma de *El astillero* de Onetti.

La cena acaba y Antonio propone tomar unas copas en ese claustro magnífico en el que estamos. Todos piden whisky con la excusa del homenaje al maestro, yo me mantengo fiel al *gin tonic*, creo que Santos también. Onetti no está tan lejos. Estamos en una ciudad junto al río, Antonio reparte cargos y responsabilidades ficticios y antes de las sesiones evocamos en la sobremesa al que nos ha traído aquí con whiskyes y *gin tonics*. No es mal comienzo.

## SEGUNDO DÍA:

Entro a la sala donde celebramos los coloquios, veo un enorme lienzo con la figura de Don Juan de Borbón vestido con el manto de las cuatro órdenes militares españolas: Alcántara, Calatrava, Santiago y Montesa (al día siguiente vería en otra habitación una pintura de su hijo, el Rey Juan Carlos, con la misma vestimenta). La capa es blanca y muy amplia; en seguida pienso que otorga al que la lleva un aire fantasmal (el tono en penumbra del lienzo y de la habitación en la que estamos ayuda sin duda a ello) y al mismo tiempo aristocrático.

Gustavo, el responsable del reportaje televisivo que están realizando sobre el encuentro, me entrevista. Parece que la idea del texto sobre “Onetti en el convento” le ha gustado (claro, él no tiene que escribir nada). Hablamos de su literatura y de repente me pregunta cómo imagino al fantasma de Onetti deambulando por un convento como éste. La respuesta es fácil: “Nada de pasear por las habitaciones. Se estaría quieto y siempre en el mismo lugar.

Tumbado en una de las muchas camas del convento”. De qué otra manera podría imaginarlo, Onetti fue quien dijo: “El paraíso ideal sería aquél donde el vicioso pudiera continuar ejerciendo sus vicios”; está claro entonces. Y añadido, recordando la sensación anterior al entrar en la sala: “Lo imagino además vestido como el típico fantasma de los tebeos infantiles, con un amplio ropaje blanco”. “¿Con una sábana?”, me pregunta Gustavo. “No —le contesto—. Con la capa de las cuatro órdenes militares españolas, mucho más elegante y distinguida que una simple sábana”.

### TERCER DÍA:

Las sesiones están a punto de acabar, nos enseñan el convento. Entramos a la iglesia. En ese momento me convenzo del todo. Si Onetti no ha estado aquí, seguro que lo lamenta. Lo imagino de inmediato concibiendo una variante de *El astillero* nada más echar un vistazo al lugar. La iglesia, bellísima, ejerce una atracción irresistible precisamente por estar inacabada. Ni altar, ni bancas, solo un enorme espacio vacío con piedras y sillares amontonados en diferentes rincones de la nave. Como broche, los restos de un antiguo órgano en uno de los muros semejan la proa de un barco en ruinas. El encanto viene de su aspecto desolado (la guía que nos lo muestra piensa lo mismo e insiste una y otra vez en ello), de una sensación de abandono que encierra la mayor parte de su belleza. “Esta tendría que haber sido la iglesia de Santa María donde el padre Bergner diera sus sermones”, pienso nada más terminar la visita.

El convento de Alcántara es un sitio absolutamente onettiano, a estas alturas no tengo dudas.

### FINAL:

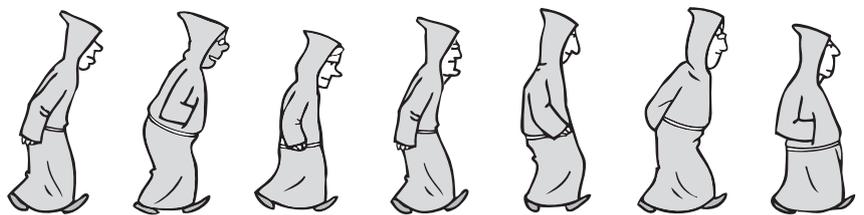
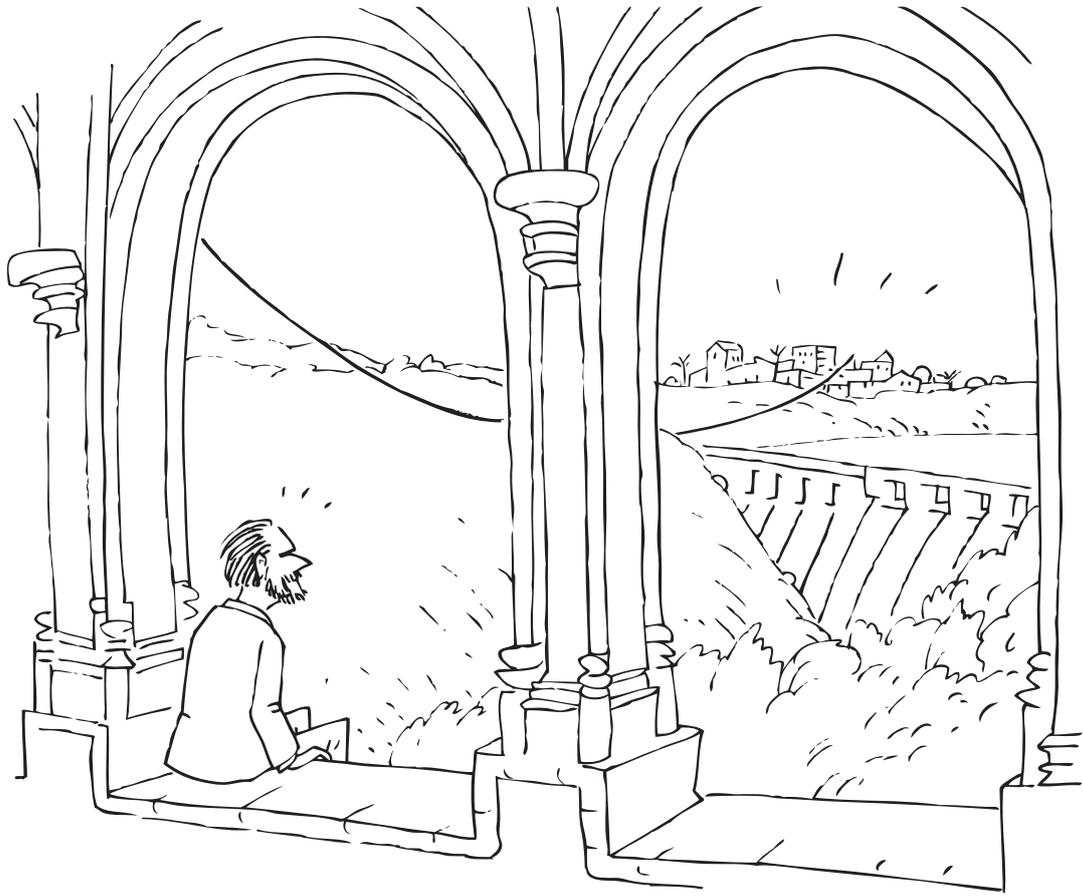
Sé que debería haber hablado de los diálogos, las discusiones y opiniones que expresamos y escuchamos en esos días. Hablando con Leonor y Antonio, con Edmundo Paz Soldán, Juan Gabriel Vásquez, Rafael Courtoisie, Santiago Roncagliolo, Carlos Franz, Juan Cruz, Santos Domínguez y Miguel Ángel Lama en esos días, la manera en que quedó subrayada la importancia y la vigencia de la literatura de Onetti en los tiempos actuales me resulta idéntica al modo en que fui percibiendo (o a lo mejor solo imaginando) cómo su

presencia iba anunciándose en ese lugar aparentemente tan ajeno a él como el convento de San Benito de Alcántara. Me gustó mucho una frase de Santiago Roncagliolo en una de sus intervenciones: “Conocí la obra y la figura de Onetti tarde; y me llamó la atención esa falta de interés por su dimensión pública como escritor; la de alguien entregado exclusiva y obcecadamente a su literatura. Por entonces, mientras algún autor del *boom* decidía presentarse a la presidencia de su país, Onetti optaba por recluirse en su cama y no salir de ella jamás”.

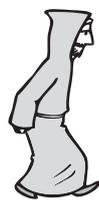
Todos estuvimos de acuerdo en la calidad casi incomparable de su escritura, inimitable en su perfección; todos más o menos insinuamos la escasez de continuadores de sus propuestas en el panorama actual; y todos coincidimos en que los ecos de su literatura en los tiempos que corren responden a su propia actitud: sutiles y ocultos, dignos de aquel que, como Onetti, nunca se preocupó de darse importancia aunque fuera el autor de algunas de las mejores narraciones de la literatura en español. De la misma manera casi imperceptible fue apareciendo su fantasma en el convento de San Benito, definitivamente un lugar perfecto, pese a las dudas iniciales, para celebrar a Onetti y sentirnos sanmarianos durante unos pocos días.

EDUARDO BECERRA





**O'NETTY, EMPRESARIO FRUSTADO**  
CARLOS FRANZ



**Carlos Franz**  
(Ginebra, 1959)

Es autor de las novelas *Santiago Cero* (1988), Premio Latinoamericano de Novela CICLA; *El lugar donde estuvo el Paraíso* (1996), llevada al cine en 2001 por el director español Gerardo Herrero; y *El desierto* (2005), Premio Internacional de Novela del diario La Nación de Buenos Aires. Su volumen de relatos *La prisionera* ganó por unanimidad el Premio del Consejo Nacional del Libro de Chile en 2005. También ha publicado *La muralla enterrada* (2002), que mereció el Premio Municipal de Santiago. Las obras de Carlos Franz han sido traducidas, hasta el momento, al alemán, francés, italiano, holandés, portugués, finlandés, polaco, hebreo, turco, rumano y chino. Ha recibido la beca DAAD, para vivir como Artista en Residencia en Berlín. Y ha sido profesor visitante en las universidades de Cambridge y Londres.

**M**e extravió por caminos comarcales, rurales, de un solo carril. Un inmenso sol se pone, tras Portugal, antes de llegar al pueblo desierto donde busco el convento. Llego tarde a la reunión sobre Onetti. No hay nadie, han salido, me dice la amable portera. Deambulo por el monasterio hasta una terraza encaramada sobre un barranco. Desde aquí un largo cable eléctrico, de alta tensión, pende sobre el valle conectando al convento con una subestación en la otra colina. La que a su vez nos enchufa con la represa sobre el Tajo, el gran río estancado en el trasfondo del paisaje. Este grueso cordón umbilical retorcido, negro, trayéndonos la energía desde esa placenta detenida. Me da por pensar que este cable conecta al convento con Santa María, con la ciudad imaginaria sobre ese otro río tan ancho y tan lento que parece represado. Los escritores enclaustrados extraeremos de allí nuestra energía. Estamos en un convento electrificado por Onetti. El único modo de escapar, ahora, sería descolgarme por el cable cruzando el valle hasta el otro lado. Hasta Santa María.

El apellido de Onetti, como se sabe, es una invención. Onetti es una corrupción de O'Netty, y fue inventado por el oficial de inmigración que registró a un bisabuelo irlandés (y gibraltareño, parece). No es descartable que llevar un apellido corrompido e inventado predisponga a imaginar la corrupción e inventarse salidas de ella. Para colmo, el segundo apellido de Onetti era Borges. Parece mentira: los dos más grandes narradores del Río de la Plata llevan el apellido Borges. Tampoco es descartable que semejante homonimia con un escritor famoso acrecienta en el marginado un deseo de diferenciarse. Ante la creciente reputación de Borges, Onetti habrá tenido la sensación de que él podía ser ese "otro Borges", desconocido, sobre quien el argentino insistía con incómoda frecuencia. *Juan Carlos O'Netty Borges*. Un apellido corrupto y otro que parece robado a una celebridad. Es como para inventar-

se personalidades alternativas. O por lo menos, como para pensar en las influencias de Jorge Luis Borges y de James Joyce sobre Onetti-O'Netty.

Recordar la influencia de Joyce sirve, al menos, para esquivar el cliché de la influencia de Faulkner. Nuestro O'Netty sobre Joyce: “el Ulises... Una de las escasísimas obras maestras de nuestro siglo... Una cantera casi inagotable para todos los que persistimos en el vicio de escribir.” Joyce que engendró a Faulkner que engendró a O'Netty. Uruguay como una Irlanda al otro lado del río mar (Argentina, malgré elle, sería el imperio británico). Gran influencia: en O'Netty, como en Joyce, puede sospecharse a ratos –ratos muy largos– que el lenguaje es la única justificación del discurso, que la trama es mero pretexto para la entonación. La música verbal antepuesta al sentido argumental. El oído como único sentido.

Gran diferencia: El Dublín realista de Joyce, desnaturalizado por los flujos de conciencia que lo atraviesan, se transforma en la ciudad anímica de O'Netty, creada por las conciencias que la habitan. O'Netty no pinta ciudades, secreta (también secretea) atmósferas. No vemos Santa María o Buenos Aires como vemos Dublín, las sentimos: susurradas, desdichadas, falaces (por usar el triple adjetivo o'nettyano, descomposición triangular, cubista, del sujeto). *La Vida Breve*: “La maniática tarea de construir eternidades con elementos hechos de fugacidad, tránsito y olvido.” (p 491)

Pero las corrientes de conciencia, ya sea la del Liffey o la del Plata, son similares. El río del pensamiento de Bloom o Dedalus, como el de Brausen o Larsen, arrastra ideas vivas y muertas, que luchan contra corriente, que se ahogan y reflotan. Brausen imaginando a la Queca en el departamento vecino, mientras se da vueltas en la cama, es como Bloom imaginando a Molly en cama mientras él se da vueltas por Dublín.

La única influencia de Borges sobre su homónimo Onetti-Borges, que se me ocurre, es: *el rechazo*. ¿Qué escritores podrían ser más diferentes que estos dos “primos” unidos por la casualidad de un apellido? La diferencia es tanta que sugiere, precisamente, una influencia. En el esquema de Harold Bloom sería la *tessera* o superación por antítesis. Como el atormentado Beckett, que en una noche (de tormenta) descubrió que su única manera de superar la influencia de Joyce sería hacer “todo lo contrario”, i.e.: ejercer la parquedad contra la abundancia, Onetti-Borges pudo haber decidido que, para superar a su “primo” Borges, tendría que ser su contrario. A la prístina idea borgiana opondría el confuso sentimiento onettiano; a la elegancia borgiana opondría la ruindad onettiana, y así *ad nauseam*. En suma: evitar el cami-

no de Borges tomando por la ruta de Arlt, pero con estilo. Emir Rodríguez Monegal presentó a Onetti-Borges con Borges. Previsible fracaso. Onetti preguntó: “¿Y qué le ven al coso ese, Henry James?” Borges comentó después: “¿Y por qué habla como un compadrito italiano?” Posible respuesta: porque su “primo” quería matarlo. (“¡Maten a Borges!”, recomendación de Gombrowicz a sus amigos al zarpar para siempre de Buenos Aires.)

Basta de influencias. Por este camino –tortuoso– terminaría hablando de las de Onetti sobre mis miserias creativas. En el convento (eléctrico) de Onetti toca generar una teoría. Emulando a uno de sus personajes desanimados, me plagio. Resumo un ensayo que publiqué en 2006. Al hacerlo lo cambio, lo modifico, me sorprende del poder que tiene la pereza para liberar a la imaginación.

Onetti, partidario frustrado de la libre empresa. Teoría no más descabellada que otras académicas en boga. Me entero de que ahora pretenden leerlo –en serio– con el aparato crítico de los “queer studies”. Al Onetti travestido frustrado prefiero el empresario frustrado.

¿Casualidad que Brausen y Larsen sean empresarios frustrados? “Brausen & Larsen”, hasta suena a compañía naviera o de seguros, antigua y quebrada. En *La vida breve* Brausen es un publicista (como Leopold Bloom, pero no volvamos a las influencias). Cuando su jefe lo despide decide poner su propia agencia: “Brausen Publicidad”. Alquila la mitad de una oficina adonde lo llaman sus amigos sólo para darle la ilusión de que tiene clientes. (La otra mitad la ocupa un tal Onetti, que tampoco trabaja demasiado.) Brausen quiere tener un negocio, aprovechar el dinero del desahucio para independizarse. Como cualquier profesional combativo que ha quedado en paro. Sin embargo, no se empeña en trabajar. En su nuevo escritorio Brausen sigue fantaseado con Santa María. A la acción de una empresa real, prefiere la ficción de una compañía ideal.

En *Juntacadaveres* Larsen, nuestro segundo empresario frustrado, llega a Santa María arreando a tres putas viejas. Proyecta instalar, en “una casita celeste cerca de la costa”, el prostíbulo que falta en la ciudad y que le ha encargado el boticario y concejal, Euclides Barthé. El burdel se presenta como una empresa “de interés público”. Una modernización, hija de un ideario liberal, científico, progresista (en el sentido que tenía esta palabra *antes* de que los progres la convirtieran en sinónimo de beatería). Larsen ha creído en el sueño de Barthé porque él mismo sueña ser un empresario independiente: “...había creído que podría al fin tener un negocio propio y dirigirlo como se me diera

la gana, sin que nadie viniera a meter la nariz.” Pura ilusión de emprendedor novel. Pronto, las fuerzas conservadoras de la ciudad meten no sólo sus narices: le cambian las reglas. Inestabilidad jurídica: el Estado, o sea el municipio y el Gobernador, cancelan la licencia otorgada. Ilegalizado el prostíbulo, Larsen es expulsado sin juicio de Santa María. Moraleja: instalar un negocio “legal” en Latinoamérica es más difícil que escribir una novela. Si Larsen tuviera dinero para pagar una coima... Pero es pobre.

En *El astillero* Larsen vuelve, cinco años después. Ahora trae dos proyectos empresariales. Escarmentado, más prudente, los revela poco a poco. El primero es una empresa sentimental, un braguetazo: casarse con la hija idiota del millonario Jeremías Petrus. La segunda: asumir la gerencia del enorme astillero quebrado que languidece en la costa, y reflotarlo. Ambas son empresas corruptas. Ilusionar cruelmente a Angélica Inés le sirve para llegar a Petrus. Petrus le sirve para llegar al astillero donde medrará vendiendo clandestinamente, al peso, las maquinarias podridas de la empresa que debiera salvar. “La casita celeste cerca de la costa”, la libre empresa del empresario honrado, se ha transformado en “el astillero sobre la costa”: la falsa industria del negociante corrupto. Larsen ha aprendido su lección: en nuestra ciudad, un emprendedor pobre sólo puede triunfar mediante una empresa tramposa. La corrupción es la única empresa solvente en Latinoamérica.

Vargas Llosa, en su ensayo reciente sobre Onetti, recuerda que este maldecía las interpretaciones políticas de su obra. Cuando el chileno David Gallagher criticó *El astillero* en el *New York Times* (1968), como una metáfora de la decadencia uruguaya, negó rotundamente que hubiera querido escribir una alegoría. Sospecho que Onetti fue más constante en sus contradicciones que en sus maldiciones. Poco después declaraba: “[El astillero] no fue una profecía... Se trataba de la sensación de que algo hedía muy fuerte, no sólo en Uruguay o en Dinamarca”. Y en *Cuando ya no importe*, escrita al final de su vida, cuando ya no le importaba, fue más lejos: “El profesor me preguntó si el nombre Santamaría me era conocido. Le dije que toda América del Sur y del Centro estaba salpicada de ciudades o pueblos que llevaban ese nombre.”

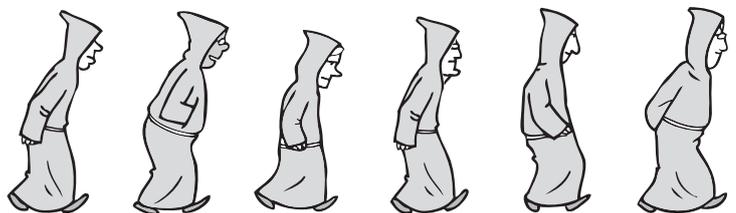
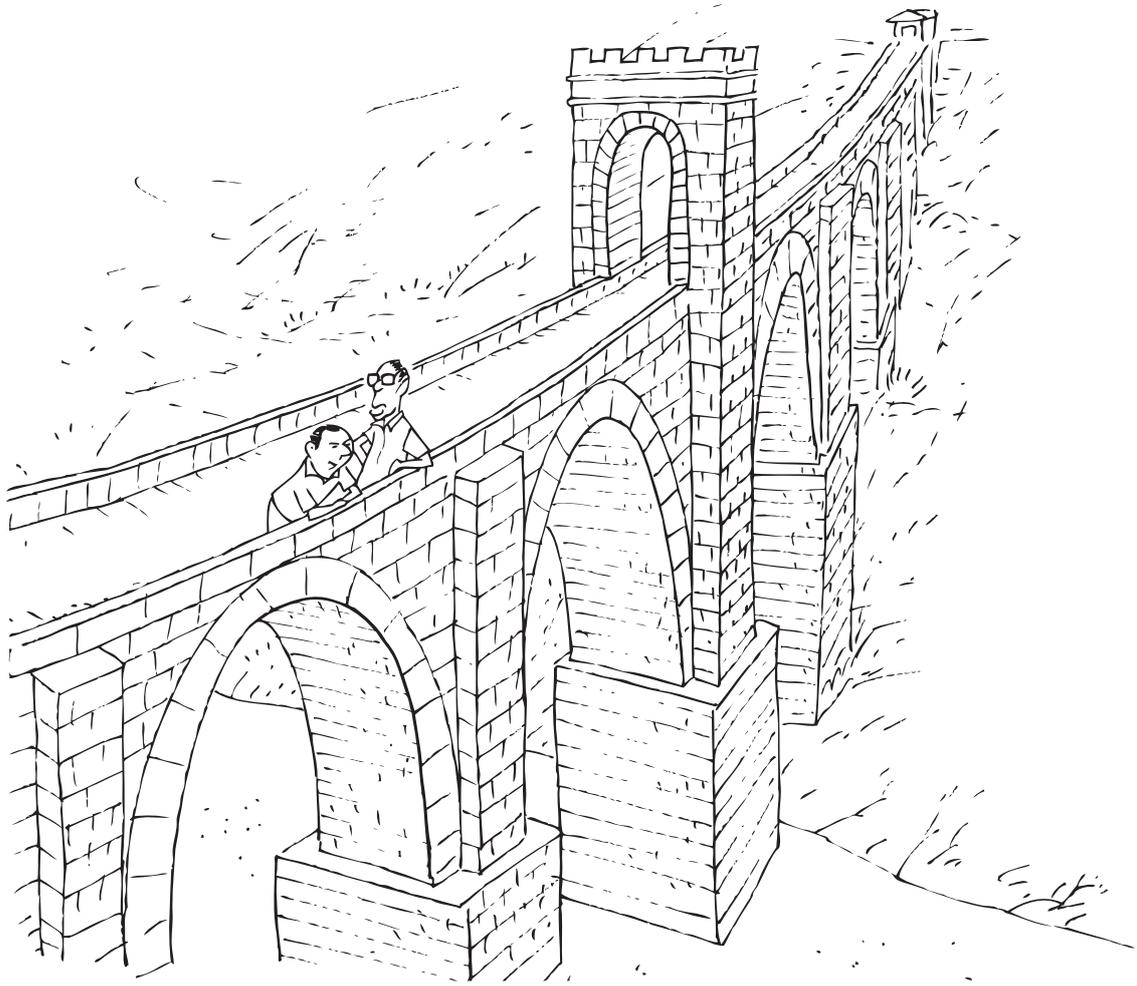
Si el abuelo O’Netty hubiera emigrado a Estados Unidos en lugar del Uruguay, ¿Santa María sería una ciudad más pujante o esperanzada? No: Yoknapatawpha. Sí: Winesburg, Ohio.

Onetti como empresario frustrado. Y novelista realizado. Construir ciudades imaginarias en Latinoamérica, como también hacen nuestros políticos, es más seguro que fundar una PYME. La novela, y esas otras fantasías degra-

dadas: la arenga programática, la demagogia constitucional, serán palabras que se lleva el viento, pero al menos gozan de una superioridad innegable: no pueden quebrar.

(Volviendo al cable. Hay un momento cuando uno cree notar el cable de alta tensión que conecta a la imaginación –represada– de Onetti con el convento de la insoportable realidad. Ese cable es su inusual habilidad para representarnos el horror del presente. Lo que consigue Onetti –y casi nadie mejor que él–, es hacernos sentir ese tiempo sin presencia que paradójicamente llamamos presente. No el transcurso, que es fácil. Ni siquiera la amenaza de la muerte, que eso cualquiera. Representa el presente que no dura nada, como síntesis del único tiempo que tenemos, que no dura nada. Y duele.)

CARLOS FRANZ



**PANORAMA DESDE EL PUENTE**  
RAFAEL COURTOISIE



**Rafael Courtoisie**

Nació en Uruguay. Es narrador, poeta y ensayista. Profesor de la Universidad Nacional de Colombia. Profesor de Literatura Iberoamericana y Teoría Literaria en el Centro de Formación de Profesores del Uruguay, de Narrativa y Guión Cinematográfico en la Universidad Católica del Uruguay y en la Escuela de Cine del Uruguay. Ha sido Profesor Invitado en Florida State University (USA), Cincinnati University (USA), Birmingham University (England), entre otras. Ha dictado seminarios y conferencias en numerosas universidades e instituciones de España, Inglaterra, Francia, Italia, Israel, Grecia, Turquía, Bosnia, Canadá, Estados Unidos y América Latina.

**E**ran las once de la noche en el Puente Romano de Alcántara, sobre el Tajo, muy cerca del Convento de San Benito, donde habíamos llegado desde diversas partes del mundo para rendir homenaje, en un congreso bizarro, único, sin más testigos que las cámaras de televisión que todo el día, a cada momento, registraban cada gesto, cada comentario, cada metida de pata y cada mentada de madre de los congresales. Era un congreso dedicado a la memoria y a la obra del insigne escritor Juan Carlos Onetti, uruguayo, ganador del Premio Cervantes de Literatura entregado en mano propia por el Rey de España muchos años atrás, en el siglo pasado, allá por la década de los ochenta.

Éramos un puñado de escritores, algunos maduros (“en la mitad del camino de la vida”, Dante dixit), otros muy jóvenes y, los menos, demasiado jóvenes, tan jóvenes que sólo conocían el nombre Onetti pues lo habían buscado unos días antes mediante Internet, indagando en Google, y se habían apresurado a leer las síntesis y sinopsis de sus largas sagas narrativas, de sus aventuras y desgracias en el mundo imaginado, en la ciudad pública y secreta, íntima, de Santa María, un lugar geográfico exacto, preciso, pero simplemente inventado por el Viejo Onetti, una ciudad literaria que solamente podía existir en el corazón y en el alma de aquellos seres sensibles que, impedidos por la búsqueda del misterio de la felicidad, habían asumido el riesgo de internarse en los territorios ignotos de aquellas páginas, a la sazón remotas al concluir la primera década del siglo XXI.

Corría el año de 2009, durante ese año se habían cumplido cien del nacimiento del Patriarca, del supremo decidor de las desgracias y los fracasos del mundo, de nada más y nada menos que de don Juan Carlos Onetti, tocayo de aquel otro Juan Carlos, nacido en la incertidumbre noble del exilio y en la eterna pelea humana, y proclamado Rey por la gracia del siglo, de las circunstancias o –por qué no– de Dios. Sí, de Dios. De ese Dios que escribe

derecho con renglones torcidos y que tal vez no sea otra cosa que la voluntad secreta, ínclita, de los hombres, una manera de dotar al azar de la humanidad con la investidura luminosa de un destino.

Eran las once de la noche en el Puente Romano, hacía calor, mucho calor. Era septiembre.

Yo había escapado un momento de los coloquios del Convento de San Benito: quería ver el Tajo por la noche. Había visto y considerado ese río rodeando Toledo, lo había querido hacer mío en Portugal, pero esta era la primera vez que lo conocía de noche, la primera vez que podía acercarme en silencio, sin testigos ni turistas con cámaras, sin chinos ni japoneses, la primera vez que me acercaba a su alma hecha de oscuridad.

—¿Qué hacés, pibe?

—Acá estoy.

—Mirá que dicen estupideces...

—¿Quiénes?

—Ustedes, los escritoritos de ahora...

—No me joda, Onetti, decimos lo que pensamos.

—Sí, pero piensan mal.

—¿Por qué?

—Se ponen a decir pavadas. Yo ya te había avisado, en tu anterior novela...

—Es verdad, pero después cambié, Onetti ...

—Puede ser. Pero no me gusta que hablen tanto de mí.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

—Soy un fantasma, los fantasmas queremos descansar.

—...

—Le prometo que no lo molestamos más

—¿Ah, no? Y de ahora en adelante, ¿a qué se van a dedicar?

—Le cuento: Santiago está escribiendo un guión, sobre otro muerto, más jodido que usted, se lo aseguro, Juan Cruz está siempre con una entrevista pendiente. Valdez tiene miedo que usted haga volver a Trujillo...

—¡Eso es una estupidez! ¡Jamás haría algo así!

—¡Explíquesele a él! ...Juan Gabriel, el colombiano, está soñando como hacer realidad algo imposible...

—Me preocupa Paz Soldán...

—¿El boliviano?

—Ese. Ese me parece el peor de todos.

—No se inquiete, Onetti...

—¿Por qué?

—A mí también me da miedo lo que pueda hacer Paz Soldán, pero lo arreglamos fácil.

—¿Fácil, cómo?

—Le buscamos una mujer. Los bolivianos se apaciguan con las mujeres...

—Ah, entiendo. ¿Y vos?

—Usted ya sabe: vivo en Monte.

—¿Y?

—Monte queda cerca de Santa María...

—Ya lo sé.

—Y ahora el whisky es caro, y no hay salida. ¿Entiende, Onetti?

—Sí, creo que sí.

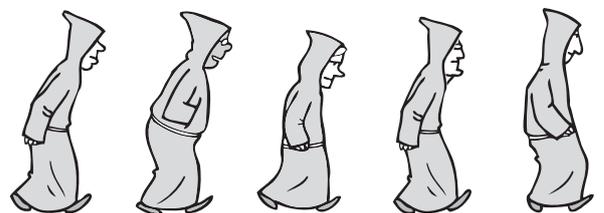
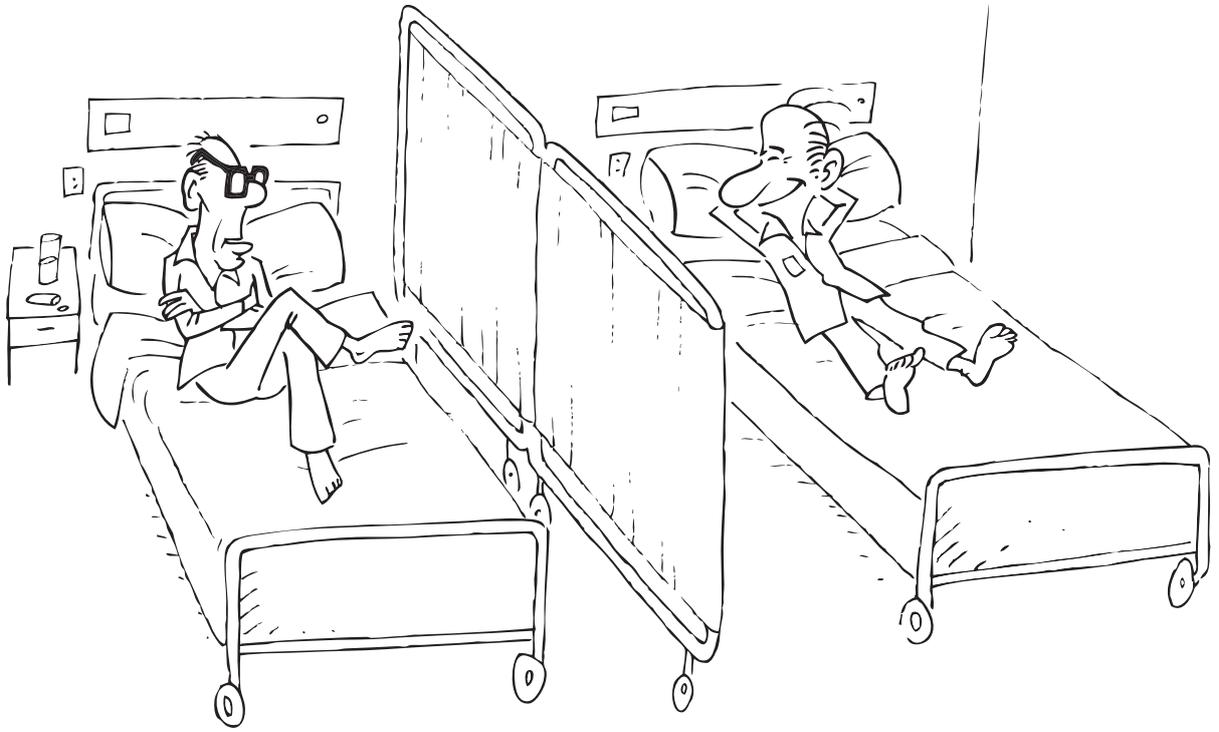
—¡¡No hay salida!!

El Tajo me llenó el cuerpo de oscuridad. Desapareció el fantasma de Onetti.

Como pude, jadeando, regresé al Convento de San Benito.

En la puerta me esperaba Don Antonio, el Maestre la Orden de San Benito, con una copa de vino negro en la mano.

RAFAEL COURTOISIE



**MENTIRA Y HUMO**  
MIGUEL ÁNGEL LAMA



**Miguel Ángel Lama**

(Zafra, 1962)

Es Profesor Titular de Literatura Española en el Departamento de Filología Hispánica de la Universidad de Extremadura. Actualmente dirige el Servicio de Publicaciones de la UEX.

Ha publicado diversos estudios y ediciones de la literatura española de los siglos XVIII y XIX, de autores como Vicente García de la Huerta, Juan Meléndez Valdés, Leandro y Nicolás Fernández de Moratín, el Duque de Rivas... En la actualidad, prepara para Ediciones Cátedra, una edición de la poesía completa de José Cadalso.

Otros trabajos en forma de artículos y reseñas sobre la literatura española de los siglos XVIII, XIX y XX han aparecido en revistas, como *Anuario de Estudios Filológicos*, *Hispanic Review*, *Ínsula*, *Estudios de Historia Social*, *Glosa*, *Dieciocho*... Ha colaborado en diferentes publicaciones como *Quimera*.

## I

**S**e dijo que la culpa fue de un profesor pesado. Fue cuando se supo lo de la crisis sufrida por Onetti. “El escritor uruguayo Juan Carlos Onetti sufre un desvanecimiento durante una conferencia”. Sin embargo, antes de aquello, todo era un parabién unánime para el profesor por haber logrado convencer al escritor de que acudiese al congreso internacional que sobre su obra organizaba la más prestigiosa de las universidades españolas. Hispanoamericanistas llegados de todos los países sintieron envidia del colega que había conseguido sacar a Onetti de su aislamiento. Algunos se preguntaban por los recursos de ese profesor para lograr hazaña tan imposible, y se habló de dinero, de una mujer, incluso de la promesa de un viaje; pero casi todo el que conocía al profesor atribuía a su pertinacia el logro. Se decía que había llegado a convencer a autores sempiternamente enfrentados de hacerse una foto juntos. Él, siempre, entre ambos.

El titular no precisaba que cuando Onetti, tras asistir a tres ponencias plenarias sobre el espacio mítico de Santa María, sobre el mundo femenino en su narrativa corta y, por este orden, sobre su lugar entre los autores principales del mal llamado *pim pam pum* de la novela hispanoamericana, y participar sin abrir la boca en un debate sobre las atmósferas literarias del Uruguay, sufrió el desmayo –hubo quien creyó que fingido– que le llevó al hospital, todo el mundo dijo que la culpa fue del profesor pesado del que nunca más se supo. Cayó en desgracia, como este párrafo.

Onetti ingresó en la unidad de urgencias y estuvo en observación durante doce horas. Box 4. A su lado, otro paciente con una hipoglucemia y riesgo de complicaciones. En todo momento, Onetti estuvo consciente. Maldijo al profesor y a los médicos. Pidió beber, y que no fuera agua. Pidió tabaco e

insistió, como cualquier delincuente recién encerrado en prisión, en que no debía estar allí. Nadie hizo caso al viejo gruñón del 4.

—No se canse. Nos sacarán de aquí cuando ellos quieran —dijo su vecino.

—Vaya punta de pendejos. Yo no tengo nada; sólo un atracón de bobones.

—¿Y qué ha sido?

Onetti dedujo que su compañero de urgencias no sabía a quién tenía en la cama de al lado. Se veían las caras, a pesar de que había una cortina entre ellos. Sin duda, el diabético no había reconocido al escritor, a un Premio Cervantes. Al fin y al cabo, en sitios como aquel todos eran iguales, igualmente desasistidos y semidesnudos. Onetti respiró complacido.

—Me llamo Onetti; soy uruguayo.

—Antoine Saint-Maire, encantado.

—¿Pero francés?

—Bueno..., sí; aunque llevo más de media vida en España; desde lo de mayo del 68.

Otro exiliado, pensó Onetti. Su compañero ya le reconoció por el apellido, ya sabía con quién estaba. Dos horas allí fueron suficientes para construir un espacio de confianza sin conocerse.

—Puedo ayudarle. A mí me soltarán dentro de poco; y, por lo que he oído al médico, creo que a usted también van a conmutarle la pena.

Onetti nunca había sentido tanta simpatía por nadie sin conocerlo. Antoine Saint-Maire se ofreció para acompañarle de vuelta a casa; pero Onetti le pidió algo más, que le llevase con él a algún sitio fuera del mundo subyugante que le habían creado.

—¡Ni Santa María! —dijo con sorna, asombrado por la opresión que había sentido.

## II

Al convento de San Benito, en Alcántara, un rincón extremeño, recogido y fronterizo, cercano a Piedras Albas y a Zebreira, se llega desde la carretera de Cáceres tras atravesar el pueblo, allí donde el magnífico puente romano. El camino que hicieron en coche Antoine y Onetti. La hospedería del conventual estaba habitada aquellos días por media docena de personas que atendía una camarera llamada Magda, ocupada en que todo estuviese dispuesto a gusto de todos. Dos parejas de amigos, una actriz italiana y un joven

periodista tomaban una copa en el patio después de cenar cuando llegaron los dos convalecientes para dar buena cuenta de la media botella de Lagavulin que Magda restituyó a la mesa tal y como la había dejado Antoine tras su última visita al convento, hacía dos meses. Antoine hizo las presentaciones. Nadie conocía a Onetti, aunque todos comprendieron la importancia del personaje, al que nadie molestó ni esa noche ni las siguientes. Onetti estaba feliz. Bebía y hablaba. Antoine estaba feliz. Todos estaban contentos. Pasaron tres semanas apacibles, de conversaciones nocturnas después de la cena, bajo el cielo estrellado de un septiembre inusitadamente templado. Gozaban todos. Quien más, Onetti, confiado y seguro por la protección de su amigo Antoine, y risueño siempre que Magda, la camarera, andaba cerca. Bromeaba con ella, la piropeaba y ella se dejaba llevar cuando el escritor le recordaba haber escrito sobre la manera tan inteligente que algunas personas tienen de decir “buenos días”, sobre la fuerza de realidad que tienen los pensamientos de la gente que piensa poco y que no divaga. Había logrado la complicidad de Magda para que todas las noches, al servir ella el café y las copas, se dijese:

—Señorita Magda, ¿aquí se puede fumar?

—Por supuesto, señor Onetti.

—¡Qué bueno! ¿Y mentir?

—Claro que sí.

—¡Pero qué bueno, señorita!

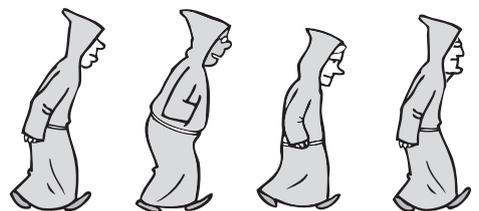
Y así todas las noches. Señorita Magda, ¿aquí se puede fumar? Por supuesto, señor Onetti. ¡Qué bueno! ¿Y mentir? Claro que sí. Pero qué bueno, señorita!

Hasta la noche que Onetti se marchó sin que nadie lo supiera. Magda fue la primera en enterarse. Lo comunicó después de cenar, al servir el café y las copas, y, por primera vez en tres semanas, el patio quedó vacío al primer sorbo.

A la mañana siguiente, Magda dispuso como siempre el desayuno. Nada parecía igual, salvo que las tazas eran las mismas que la mañana anterior. Cuando Antoine, el último en bajar, se sentó, sin ocultar su contrariedad, se dio cuenta de que sobraba un puesto. Magda, que sabía decir los buenos días, se adelantó a todo:

—Esa taza es para nuestro nuevo cliente. Llegó anoche. Ahora bajará. Es un profesor.

MIGUEL ÁNGEL LAMA



**ONETTI EN EL CONVENTO**  
SANTIAGO RONCANGLILOLO



**Santiago Roncagliolo**

(Lima, 1975)

Ha vivido en México, Perú y España. Su novela *Abril Rojo* (Alfaguara, 2006) lo convirtió en el ganador más joven del Premio Alfaguara de Novela. *Pudor* (Alfaguara, 2004) fue llevada al cine. Además ha escrito la novela de viaje *El príncipe de los caimanes*, el volumen de cuentos *Crecer es un oficio triste*, el reportaje *La cuarta espada*, guiones de cine y televisión, traducciones literarias y libros para niños. Acaba de publicar *Memorias de una dama*, novela ambientada en Cuba y en la República Dominicana de la era de Trujillo.

Colabora con la cadena de radio SER, el diario El País y otros medios en América Latina y Europa. En la actualidad, reside en Barcelona.

Onetti llegó a Alcántara ligeramente mareado por las curvas del camino y la falta de tabaco. Odiaba las normas que impedían fumar en autobuses. Odiaba a los jóvenes que llegaban al pueblo a hablar sobre él completamente sobrios, algo que le parecía indigno de su vida y obra. Pero sólo cuando vio que iban a quedarse en un convento sintió el verdadero pánico.

Sin duda, esto debía ser obra de alguno de sus personajes. Onetti les daba a sus personajes vidas mediocres, ruines y sórdidas, y alguno de ellos había decidido vengarse enviándolo a un antro lleno de monjas. Debía ser el cura ése de *Juntacadáveres*, el que había montado la campaña contra el prostíbulo de la casa celeste. Sólo sus malas artes podían explicar que Onetti diese con sus huesos en un lugar así.

Al entrar, comprobó con alivio que no había monjas. De hecho, sólo estaban los jóvenes que hablaban de él. Algunos de ellos tenían más de cincuenta años, pero Onetti tenía cien, así que su definición de “joven” era generosa. Escuchó algunas de las conferencias, pero se aburrió. Le pareció que hablaban de él como si estuviese muerto. A la segunda conferencia, se fue a buscar el whisky.

No tardó en encontrar una botella de J&B, que degustó con alivio, fumándose un cigarrillo mientras paseaba por el claustro. Casi de casualidad, encontró una iglesia con matices góticos y águilas bicéfalas. Se preguntó cuánta inversión haría falta para convertirla en un buen bar o en un hospital para tuberculosos. Luego recordó que él no era el que montaba los negocios. Lo que a él le gustaba en realidad era estar tumbado en una cama.

Como no encontraba una, salió al pueblo. La población de Alcántara ascendía a poco más de dos mil personas, y todo tenía cierto aire a Santa María que lo hizo sentir como en casa. Atravesó el casco viejo y espió las conversaciones los pocos transeúntes que encontró. Una señora le comentó a un

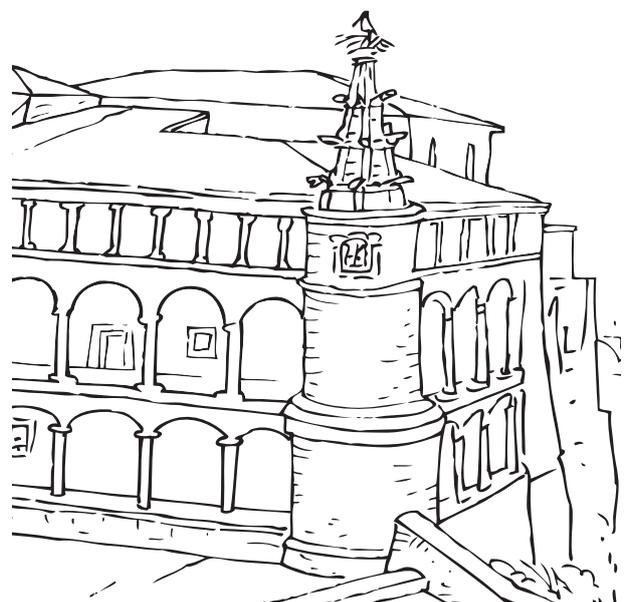
recién llegado que en el pueblo gobernaban juntos Izquierda Unida y el Partido Popular, y Onetti pensó que, al fin y al cabo, toda la humanidad está loca. Unos pocos más no son problema.

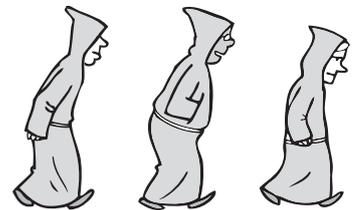
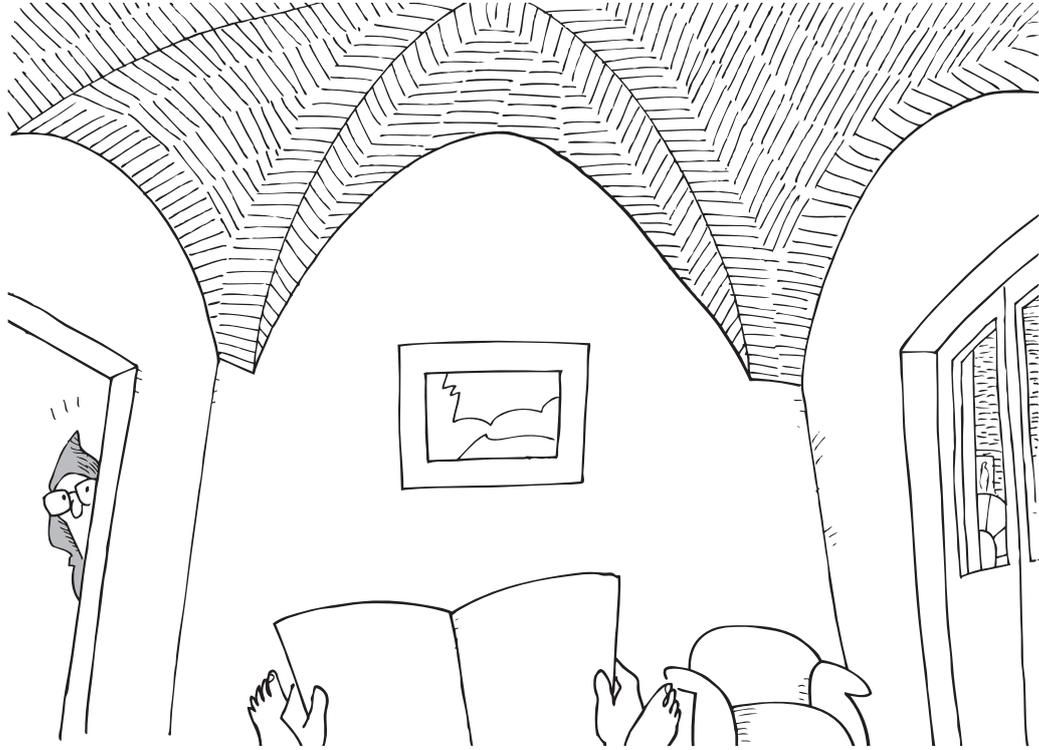
Llegó a la muralla del pueblo y descendió por el sendero, hasta el puente romano. El río Tajo fluía mansamente entre las secas colinas, lo que le hizo pensar en atardeceres perezosos y grises. Aún llevaba el vaso de whisky en la mano, y brindó por los romanos, con tal de brindar por alguna razón.

Súbitamente, comprendió que ahora tendría que subir la cuesta que llevaba al pueblo. A sus cien años, era una empresa contraindicada por los médicos. Pero a lo mejor podía llevarlo alguno de los coches que subían. Se situó al lado de la carretera para hacer autostop, pero nadie parecía verlo. Quizá a los conductores les inspiraba desconfianza que estuviese bebiendo. O quizá simplemente no querían llevarlo. Le comentó su problema a un par de turistas, que siguieron de largo sin responderle. Lo ofendió profundamente que lo ignorasen todos de esa manera. Reflexionó que ni siquiera los jóvenes que hablaban de él sin parar le habían hecho mucho caso en el convento. Mentalmente, insultó a esos jóvenes, y a los turistas, y a los romanos. Se dijo que, en todos los siglos que llevaba ahí ese puente, los seres humanos no habían mejorado ni un poquito. Luego se sentó en un banco, agotado por su propio mal humor.

Sólo entonces, mientras el sol se ponía tras las colinas, recordó que estaba muerto.

SANTIAGO RONCANGLILO





**ONETTI EN EL CONVENTO**  
JUAN GABRIEL VÁSQUEZ



**Juan Gabriel Vásquez**

(Bogotá, 1973)

Es autor del libro de relatos *Los amantes de Todos los Santos*, de la recopilación de ensayos *El arte de la distorsión* y de dos novelas: *Los informantes* (2004) fue elegida por la revista *Semana* como una de las novelas más importantes de los últimos 25 años en Colombia y fue finalista del Independent Foreign Fiction Prize en Inglaterra. *Historia secreta de Costaguana* (2007) obtuvo el premio Qwerty a la mejor novela en castellano en Barcelona. Sus libros se han traducido en Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Holanda, Italia, Alemania, Polonia, Israel, Noruega y Brasil.

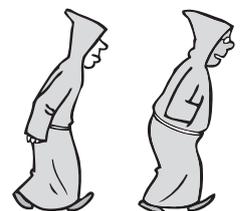
**H**abía que verlos allí, saliendo de Madrid en uno de esos buses que los españoles llaman autocares, navegando a ochenta kilómetros por hora por las autopistas castellanas y luego extremeñas: un puñado de escritores latinoamericanos cuyo único punto en común, al menos en ese momento, era haber leído y seguir leyendo con pasión a un uruguayo muerto. La mayor parte del trayecto la pasaron de pie, a veces apoyados en los respaldos de los asientos, a veces obstaculizando el corredor, rompiendo todas las normas de seguridad y varias de las leyes de la más mínima prudencia, más parecidos a unos chicos saliendo de colonias que a cualquier otra cosa. La misión era curiosa, por decir lo menos, porque a cualquier lector serio de Onetti le parece por lo menos curioso meterse en un convento para hablar de sus libros, y no en cualquier convento, si vamos a eso, sino en uno religioso-militar. Allí, entre las cuatro paredes (que no son paredes, claro, sino gruesos muros de piedra invulnerable) del convento de San Benito de Alcántara, estuvieron estos escritores hablando de una serie de libros donde las putas son protagonistas y todos los hombres, de alguna manera, quieren ser macrós; allí, en un edificio donde en otro tiempo reinaron los valores de la religión, el ejército y la patria, estos escritores hablaron durante cuatro días de los libros de un desencantado que siempre desdeñó cualquier forma de patriotismo, un exiliado que sufrió la violencia de una dictadura militar y despreciaba los valores que la componían, por un agnóstico que, lejos de adorar a un dios cualquiera, decidió él mismo inventar a su pequeño dios particular. Le puso el nombre de Juan María Brausen y lo echó al mundo para que él solito, sin más ayuda que un escritorio y el deseo de escapar del mundo, creara una ciudad entera, Santa María; para que él, que en su vida real se había acercado tan poco a la divinidad, inventara una ciudad cuyos ciudadanos le rezan en las noches: “Brausen mío, que estás en los cielos...”

De alguna forma, la reunión de estos escritores en el convento de San Benito de Alcántara fue una manera retorcida y por lo tanto onettiana de rezarle a Brausen, y no se me escapa –y a ninguno de estos escritores se les escapaba– el profundo escepticismo con que Onetti hubiera contemplado estas conversaciones. Onetti se burlaba (a veces con más cariño y otras con menos) de la gente que iba por ahí hablando de literatura, básicamente porque él hablaba muy poco. Hay una foto famosa que siempre me ha parecido una metáfora de su posición en la literatura latinoamericana: alguien la tomó a principios de los años sesenta durante el congreso del PEN en Nueva York, y en ella se ve a un círculo de latinoamericanos –está Vargas Llosa, recién estrenado con *La ciudad y los perros*, y está Fuentes, que ya era una especie de voz de su generación–, todos escuchando con atención y mucho respeto a Pablo Neruda, que ya para ese momento tenía el estatus de Papa literario de América Latina. Lo que llama la atención de la foto es la figura de Onetti, que no está en el corrillo, como los otros, sino que ha dado un paso atrás (o ha permitido que los demás den un paso adelante), y no parece decir nada, no parece participar de la conversación, sino limitarse voluntariamente a ser testigo pasivo de los hechos, mirando con sus gafas gruesas de marco grueso, entre tímido y descreído, con una distancia que se parece mucho a la ironía. Onetti sabía que tenía una deuda con esta nueva generación de novelistas, cuya notoriedad había provocado el interés de los lectores por quienes vinieron antes; pero sabía también que todo el discurso de los nuevos –la incorporación de la novela latinoamericana a las grandes corrientes de la modernidad, la asunción de influencias de otras tradiciones y en particular la adopción de William Faulkner como maestro supremo– era sólo una reencarnación de las ideas que Onetti llevaba ya veinte años sosteniendo en sus artículos y encarnando en sus ficciones. Onetti como adelantado. Onetti como el hombre del machete, que camina a la cabeza del pelotón cortando ramas y despejando el camino para que otros puedan circular después con menos dificultades.

Así que fueron cuatro días encerrados en ese convento, en medio del septiembre más caluroso que la región recordaba en muchos años, a pocos pasos del río Tajo y a pocos kilómetros de Portugal, cuatro días en que Onetti o su fantasma estuvieron presentes constantemente en nuestras conversaciones y, mucho me temo, también en nuestras soledades. Ni siquiera cuando queríamos descansar de Onetti descansábamos de Onetti. Y no sé si hayamos sacado algo en claro –es más: espero que no hayamos sacado nada en claro–, pero sí sé que por una vez, por una rara vez, la solitaria actividad de la lectu-

ra, que a muchos nos gusta precisamente por lo que tiene de solitaria, nos empujó a todos al mismo espacio, como si hubiéramos ido al monasterio a velar a un amigo muerto. Que no lo está, claro. Onetti está vivo, muy vivo. De eso, por lo menos, nos dimos cuenta.

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ



**LO QUE QUERÍA ONETTI**  
JUAN CRUZ RUIZ



**Juan Cruz Ruiz**

Periodista, escritor y editor

Nació en el Puerto de la Cruz (Tenerife) en 1948. Estudió Periodismo e Historia en la Universidad de La Laguna. Comenzó a escribir en prensa a los trece años, en el semanario *Aire Libre*. Entonces fue seleccionador de fútbol y crítico deportivo. Poco después entró sucesivamente en las redacciones de *La Tarde* y *El Día*, donde desarrolló todas las tareas imaginables en periodismo. Fue uno de los fundadores de *El País*, donde ejerció también tareas muy diversas: corresponsal en Londres, jefe de Opinión y redactor jefe de Cultura. Fue el coordinador de los proyectos del Grupo Prisa para 1992 y entre sus actividades figuraron la coordinación editorial del Proyecto Leonardo y de la serie Europa América que publicó *El País Semanal* dirigida por el profesor John H. Elliott.

**E**n realidad Onetti no quería que se supiera de esa estancia suya en el convento. Fue allí siendo muy joven aún, en un viaje que tampoco quiso hacer, y alguien, una chica uruguaya que estudiaba en Madrid y que ya había leído algunos libros suyos, se lo encontró en el Retiro, navegando. Durante un tiempo, en aquella época suya en Madrid, Onetti solía ir al Retiro. Llevaba un libro, se sentaba a esperar a que pasara el tiempo, y a veces se metía en una barca. Remaba, con cierta facilidad, se tropezaba a veces con otras barcas, porque iba atolondrado, pero finalmente sobrevivía con parsimonia en su denodado esfuerzo por matar el tiempo. Un día se encontró con esa chica, Cecilia, creo que se llamaba Cecilia Ceriani, él me lo contó. Cecilia trabajaba en una librería, para sacar dinero y aliviar a sus padres, que estaban en Montevideo, de la obligación de enviarle un sueldo del que ellos mismos no disponían. Ese día Cecilia no había ido a trabajar, y fue al Retiro, seguramente, esto fue lo que me dijo Onetti, para olvidarse de un mal novio. Onetti estaba sentado, tomándose una cerveza, sudoroso aún por el esfuerzo de navegar en las aguas del Retiro. La chica lo reconoció por algunas fotos que vio en un periódico de entonces, *Pueblo*; alguien le había hecho una entrevista y él había respondido con monosílabos. El titular del periódico era como un retrato de Onetti: “A Onetti le cansan las preguntas”. Así que ella le hizo una sola pregunta:

—¿Le importa que me sienta con usted?

Así empezó una amistad que tuvo ciertas consecuencias, una de las cuales fue ese viaje de Onetti al convento. Cecilia le había dicho:

—Está al lado de un puente del siglo II.

—¿Y para qué querés que vaya?, preguntó a su vez el joven Onetti.

—No sé, por el silencio.

Entonces viajar hasta Alcántara era como tocar la luna con los pies, pero a Onetti esa distancia no le importaba.

—¿Vendrías vos conmigo?

Cecilia no lo dudó. Ella ya había estado en el convento, probablemente (me dijo Onetti) con el mal novio, y quería sacar un clavo con otro; esto también me lo dijo:

—Quería sacar un clavo con otro.

Se fueron unos días más tarde; a Cecilia le extrañó que Onetti no llevara equipaje, hasta que él le enseñó un cepillo de dientes, y sus gafas, de montura negra.

—¿Y libros?, le preguntó Cecilia.

—Pero, ¿no íbamos a buscar silencio?

Hablaron durante el viaje, cómo no; a Onetti le gustaba conversar, escuchar; miraba por la ventanilla del tren como si se estuviera bebiendo el paisaje. Muchas horas después pisaron los adoquines del convento. Los trámites fueron complicados; no era habitual que acudiera allí una pareja, y entonces tampoco era usual que lo hiciera sin llevar el carnet de familia. Onetti lo explicó, a su manera:

—Es mi hermana.

—Ah, le dijo una monja, y les dejó pasar.

Cuando entraron en el cuarto Cecilia observó que el joven Onetti llevaba algo más que un cepillo de dientes; llevaba un bolígrafo de punta negra y fina, un cuadernito ya utilizado del que quedaban algunas hojas y una fotografía, una sola fotografía recortada de un periódico viejo.

Iban al silencio, le dijo Onetti, así que ella abrió la ventana angosta, se puso a mirar y no hizo preguntas; vio deambular a Onetti; entró en el baño y de allí vinieron los sonidos obsesivos del cepillo de dientes puliendo su entonces poderosa dentadura. A ella le había sorprendido, primero, la dentadura, y después los ojos de Onetti: ojos saltones, asombrados, como los ojos de un adolescente que ha sido observado en falta, o pensando en voz alta. Él se había lavado la cara, también, pero ya lucía gafas, unos espejuelos de montura de pasta negra como los que utilizaba, por cierto, Vladimir Nabokov, a quien tanto se parecía.

—¿Te gusta el sitio?

No le respondió a Cecilia; se echó en la cama, miró a lo alto, y a los lados, y finalmente se levantó, fue hacia su saco, que reposaba de cualquier manera en una silla demasiado poderosa para un cuarto tan austero, y metió la mano en uno de los bolsos que él había agrandado metiendo dentro todo tipo de objetos, papeles, fotos, bolígrafos, cuadernos, gafas, e incluso

pedazos de pan duro con los que jugaba obsesivamente, como si sus manos comieran.

De uno de esos bolsillos desahogados sacó tan solo aquella vieja fotografía, y unas chinchetas. Cecilia le veía deambular y resolver, y le resultó muy curiosa su última evolución: agarró la foto, la situó sobre la pared blanca, un poco oscurecida por el polvo que desde hacía años parecía ser parte de la pared, y la fijó con las cuatro chinchetas. Aquel hombre silencioso y hermético era también muy meticuloso en su relación con los objetos y con la gente, y en este caso, ese objeto, la foto, y el retratado, exigían toda su atención, como si estuviera clavando un símbolo.

Una vez terminada la operación, Cecilia se acercó adonde estaba Onetti, fijando aún la tersura ya casi imposible de la fotografía. Él no le dijo nada, pero ella se fijó en que la foto era un retrato de William Faulkner, vestido con traje y chaqueta, y con camisa blanca, sin corbata, con su bigotito blanco enmarcando una boca sucinta, seria y acaso reflexiva.

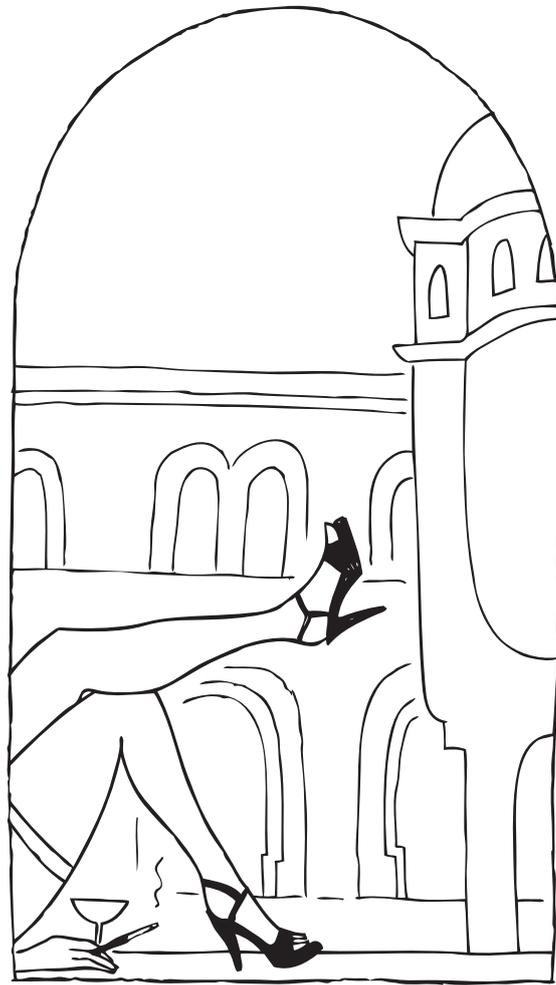
Entonces Cecilia le preguntó a Onetti:

—¿Y?

—Faulkner. He venido a conversar con él.

Atardecía, y por el puente cercano no se escuchaba ni el rumor de las mariposas.

JUAN CRUZ RUIZ



**SANTA MARÍA DE ALCÁNTARA**  
PEDRO ANTONIO VALDEZ



### **Pedro Antonio Valdez**

Nació en La Vega, República Dominicana, en 1968. Ha publicado varios libros, entre ellos: *Papeles de Astarot* (1992), con el que obtuvo el Premio Nacional de Cuento; *Bachata del ángel caído* (1999), merecedor del Premio Nacional de Novela; el ensayo de investigación *Historia del carnaval vegaño* (1995); *Naturaleza Muerta* (2000), galardonado con el Premio de Literatura UCE; *La rosa y el Sudario* (microrrelatos, 2001); *Narraciones Apócrifas* (2005), con el que recibió el Premio Pen Club en Puerto Rico, y *Reciclaje* (teatro, 2006). Ha publicado varias antologías. Su novela *Carnaval de Sodoma* (Alfaguara, 2002), que recibió el Premio Nacional de Novela, fue llevada al cine por el director Arturo Ripstein. Próximamente Alfaguara publicará su novela *Palomos*.

**E**strujándose el pañuelo en la nuca, resoplando con sus labios resecos el calor que se esparcía por los muros del antiguo convento, Larsen confirmó su interés por el proyecto. Últimamente las certezas le producían un estremecimiento obscuro parecido al de una inyección de trementina. Todo le pareció claro, o al menos como visto a través de una cortina de humo.

Prefiguró a las mujeres taconeando por las losas de los pasillos; la capilla —¿podría llamarse capilla a una convergencia de muros desnudos de imágenes de la Pasión y de torturador mobiliario?, vaciló con satisfacción— sirviendo de caja de resonancia para la orquesta; vislumbró a los parroquianos escabulléndose hacia los brazos macilentos, muertos para el amor, de las mujeres. Cerró los ojos y del futuro que le parecía inminente extrajo el tufo del alcohol, el agrio de los cigarrillos, el perfume barato rociado en enaguas ajadas, el sudor que se acumula en los ángulos peludos de las extremidades, las sábanas embaldurnadas de fluidos. Abrió los ojos cuando le inundó la imagen mórbida de miles de gárgolas vomitando chorros de vino hacia los naranjales del patio.

Tras una pausa emotiva, por no decir un letargo, los nervios se le estremecieron ante una visión que, aunque el sentido de la realidad se la mostraba grotesca, no dejaba de parecerle fantástica. Vio a sus mujeres, perniabiertas a la puerta de los numerosos salones del convento. Una de ellas, que a juzgar por el vaso de residuos de alcohol y el tono mate en la mirada deberá ser María Bonita, mordía las cuentas de un collar de plástico, mientras que las otras se lijaban las uñas con el vestido o se daban los incontables últimos retoques en el pelo. El hombre intentó tener una idea de la cantidad de salones de que podría disponer. Apenas le quedó claro que esta vez no sería suficiente con tres mujeres, sino con más, al menos con una por cada cuarto de los que allí había.

“Santa María de Alcántara”, pensó con tal vehemencia, que tuvo la impresión de haber pronunciado estas palabras. Se ajustó el ala del sombrero e intentó encontrar una posición cómoda en aquella silla que desde un principio le parecía destinada a un enano. Suspiró satisfecho. No tenía dudas: el convento de San Benito de Alcántara era el sitio idóneo para volver a comenzar.

Prefería dar por olvidados los hechos que le llevaron a la ciudad de Alcántara. Le resultaba más manejable imaginar que había llegado allí por cualquier obra del azar. Le entristecía menos imaginarse que era un viajero leído de una bitácora de papel manchado por el tiempo. Miró su reloj, las manecillas estaban oxidadas, y combino que serían algo más de las cuatro de la tarde. “Cinco minutos más de las cuatro”, precisó.

Vio al hombre acercarse apresurado.

—No suelo llegar tarde a mis citas, pero es que me habéis convocado a la hora de la siesta —se disculpó el recién llegado.

Larsen no respondió. Realmente las palabras se les habían derrito por el calor y se pegaban a su paladar. Escudriñó la piel aceitunada del hombre. Se detuvo en su mirada. Le desagradó el exceso de buen humor en sus pupilas. Optó por eliminar los preludios de la cortesía y no utilizar ninguna lisonja fortuita.

—El negocio deja. Aquí, con poco, se puede sacar la plata —dijo, despegando las palabras del paladar. Larsen notó la sorpresa del aceitunado—. Los planes, ¿no los comunicó el clavero, vuacé?

El hombre se rascó la cabeza. Más bien se detuvo a acariciar una verruga que resaltaba en su cabeza, desprovista de señales de cabello.

—¿El clavero? Se la pasa diciendo tantas pendejadas, que creí que no era sino otro de sus disparates. —No podía ocultar el desconcierto—. Pero, a ver, decidme una cosa, plebeyo ¿es acaso cierta esa locura de que pretendéis que os otorgue patente de curso para establecer un burdel en este convento?

—No mentía el clavero.

—Pues ese jodido clavero me va a tener que oír. —Larsen volvió a sentir el estremecimiento de la trementina—. El hombre le recitaba con orgullo una letanía sobre la historia del lugar, destacando nombres de la desaparecida orden de Alcántara. Hablaba de tumbas, viejos tratados, antiguos puntos comerciales. De repente la voz de su interlocutor se borró del espacio y sólo quedaron sus labios abriendo y cerrando, como si mordieran una pasta hecha de silencio. Por las ventanas penetró el olor antiséptico del río —el río Tajo, del que sin dudas le había hablado el tipo— mezclado con el tono de soledad

de las callecitas y casas del pueblo.— Finalmente, ¿de dónde crees que conseguiréis putas para meterlas en este convento rico de historia?

Larsen apartó el tono de rechazo de la última pregunta.

—No será difícil. He visto que en este pueblo hay mujeres.

—Viejas solamente quedan —objetó el otro.

—Efectivamente —confirmó—. De allí se puede sacar.

El aceitunado reaccionó más incrédulo:

—A ver, ¿no estaréis insinuando que esas mujeres, con sus nobles apellidos...?

—Sin sus nobles apellidos. Las mujeres solamente.

Su mirada se detuvo en lo que, según lo que había logrado escuchar hace un rato, en el pasado fue el área de las celdas. Se trataba de unos huecos negros abiertos en los muros forrados por la hiedra. El otro figuró la intención.

—Así que un burdel de hetairas ancianas... ¿Y a quién le gustará ayuntar con unas viejas, hombre?

—Hay toda clase de apetitos. El asunto es disponer de la mercancía adecuada.

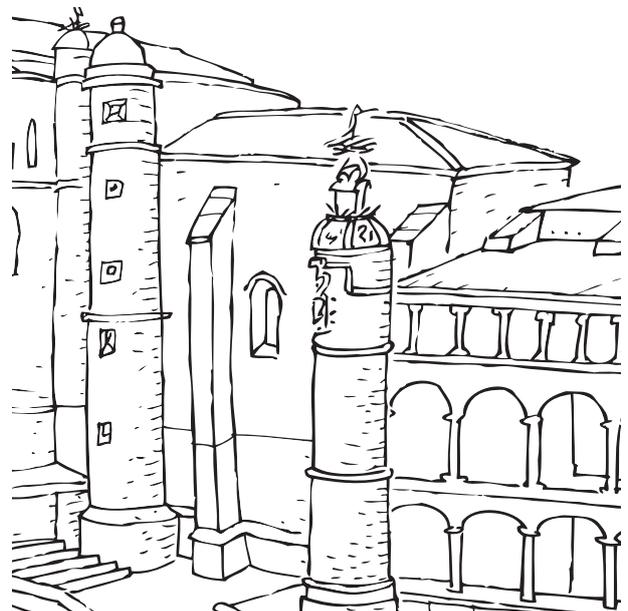
El aceitunado cambió el tono. De pronto sus palabras se oían relajadas.

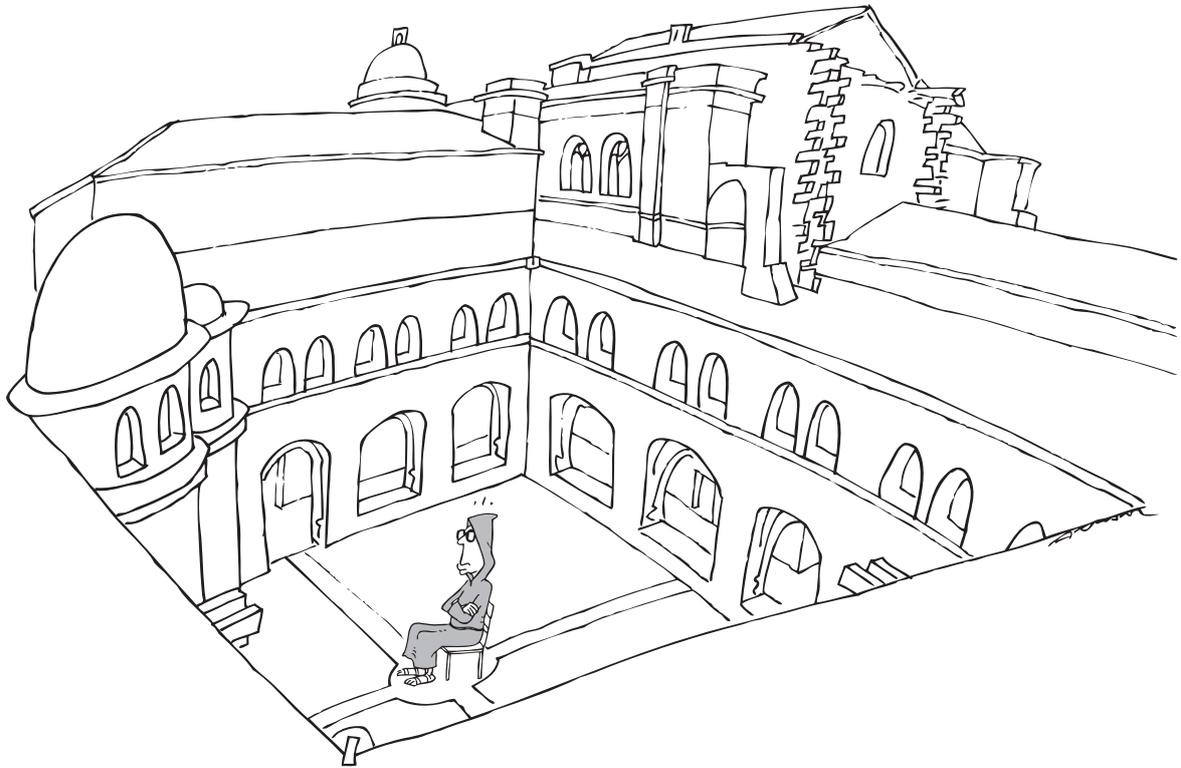
—Veamos, mi rey ¿verdad que esto se trata de otra broma del canciller o de... cómo se llamaba este otro tipo, el que por más que quiso no logró alzarse con ningún título de la Orden? —Larsen no le respondió; su expresión indicaba que no se trataba de ninguna broma. De hecho, su vida jamás armonizaría con el sentido del humor—. ¡Pues largaos de aquí, coño! ¡No permitiré ni por un instante más que sigáis manchando la memoria de este convento con vuestra insensata propuesta! ¡Te puedes ir al carajo!

Larsen deambuló por las calles estrechas. Vio posibilidades en el puente romano, imaginó a los parroquianos de la otra rivera cruzar hacia Alcántara en busca de los materiales del amor. Finalmente el calor le obligó a refugiarse en un bar. El lugar estaba poco concurrido a esa hora. Sólo unos cuantos ancianos, que rechazaban la siesta para alargar el poco de vida que les quedaba, paladeaban una caña, apoyados a sus bastones. Sin haberse tomado el primer sorbo del whisky, calculó que no necesitaría traer mujeres de otro pueblo; pero, en cuanto a los clientes, no estaba seguro de si los de allí tendrían el vigor suficiente para ser clientes asiduos del negocio. Habría que inventarse algo, la construcción de una nueva represa o de un astillero junto al río, para que llegaran al pueblo hombres jóvenes y vivaces.

Miró hacia la calle y descubrió al aceitunado parado en la calzada. El hombre lo contempló un instante y, con un gesto de desprecio, desapareció de su vista. Larsen se ajustó el sombrero y sorbió un trago. Realmente no le desanimaba la actitud del aceitunado. De rechazos iniciales estaba construido su camino. No era la primera vez que un proyecto suyo empezaba con una resistencia. No había que desesperarse. La estrategia sería esperar. De todos modos esperar era el único vínculo que le quedaba con la vida.

PEDRO ANTONIO VALDEZ





**JUAN CARLOS ONETTI EN EL CONVENTO**  
EDMUNDO PAZ SOLDÁN



**Edmundo Paz Soldán**

(Cochabamba, Bolivia, 1967)

Narrador y profesor universitario. Enseña en el Departamento de Estudios Romances en la Universidad de Cornell (Nueva York). Ha ganado el premio nacional de novela (2002), el premio Juan Rulfo de cuento (1997), y ha sido finalista del premio Rómulo Gallegos (1999). Su obra ha sido traducida a ocho idiomas.

Entre sus libros más recientes se encuentran las novelas *Los vivos y los muertos* (Alfaguara, 2009), *Río fugitivo* (Alfaguara 1998 y Libros del Asteroide 2008), *Palacio Quemado* (Alfaguara, 2007), *Imágenes del incendio* (Algaida, 2005), *Desencuentros (Desapariciones/Las máscaras de la nada)* (Alfaguara, 2004), *El delirio de Turing* (Alfaguara, 2003) y el libro de cuentos *Desencuentros* (Alfaguara, 2004). Una antología de su obra ha sido publicada en España con el título de *Imágenes del incendio* (Algaida, 2005). Es becario de la Fundación Guggenheim (2007).

**R**esoplando y lustroso, el padre superior Juan Carlos bajó del tren y se acercó a los sacerdotes que lo esperaban en el andén, las caras infladas por el aburrimiento, encendidas de calor, de bostezos y comentarios. Era hora, dijo uno de ellos buscando besarle la mano con un gesto grandilocuente; por fin tengo el placer de conocerlo personalmente, dijo otro, sonriente, bonachón. El padre superior frunció la boca y pensó que todavía acariciaban la imagen de alguien que ya no era. Se habían quedado con el autor de libros teológicos que daban cuenta de la maravilla de vivir en un mundo en el que en todas partes había pruebas de la existencia del Señor. Pero ahora él sabía que eso era mentira. No había escrito una línea al respecto y tampoco pensaba hacerlo, porque todo se corrompía y era mejor no añadir objetos al mundo, dejar que el fracaso llegara por cuenta propia.

Un auto llevó al padre Juan Carlos y a los tres sacerdotes al convento de San Benito. Alcántara se agotaba rápido, era un pueblo de unos mil habitantes, casi todos ancianos viviendo de la gloria de aquellos siglos en que hidalgos orgullosos decoraban las fachadas de sus casas con escudos llenos de blasones y proclamaban la buenaventura de no tener que trabajar.

Cuando llegaron al convento, el padre superior admiró la estructura imponente de ese edificio construido a lo largo del siglo XVI, aislado en un aire inmóvil. Su misión consistía en hacerse cargo de terminar la iglesia del convento, dejada a medias en 1576, cuando el rey requirió los servicios del arquitecto para el Palacio de El Escorial. Había sido un ascenso, pero le llegaba cuando él se había instalado con cierta sordidez en el descenso.

Después de dejar su maleta en un habitación austera ahogada por el calor, se dio un baño rápido y fue a conocer la iglesia junto a uno de los curas. Admiró los escudos en la triple cabecera y la virgen de alabastro. Las tres naves eran desproporcionadamente grandes, y las cubrían bóvedas de crucería. En una pared había frases esculpidas que señalaban al autor de la obra. Pensó en

la vanidad, que impedía que se dejaran las cosas sin su nombre. Pensó en los gestos inútiles. El arquitecto había hecho cincelar su nombre en esa pared, y ahora estaba tan entregado a la nada como todos los obreros que habían trabajado en la construcción del convento.

Será un trabajo difícil, dijo el cura que lo acompañó a dar una vuelta por el convento, y le señaló, diligente, un cuadro del padre del Rey con el uniforme blanco de la Orden Militar de Alcántara —alguna vez encargada de la custodia del convento—, y no paró de hablar de la importancia del edificio, la forma, por ejemplo, en que el claustro principal mostraba el paso del gótico al Renacimiento.

Un trabajo imposible, dijo el padre Juan Carlos. Vano. Dicen que entre hacerlo y no hacerlo lo mejor es hacerlo. Pero quizás lo mejor es no hacerlo. Ya lo sé, parece un trabalenguas.

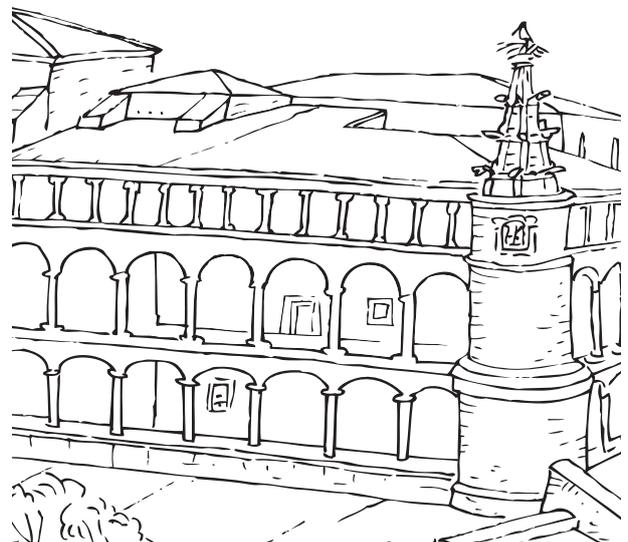
El cura no lo entendió. Era mejor así.

El padre Juan Carlos había aceptado la misión porque consideraba que no había nadie mejor que él para hacer que la empresa fracasara. Porque eso era lo que debía hacerse: preservar a la iglesia a medias, mantener su vocación de edificio majestuoso pero incompleto. Un recordatorio de que la labor del hombre debía empeñarse en llegar tarde, en no cumplir los sueños hermosos.

A eso fue a lo que se dedicó los próximos años de su vida. A no dar órdenes, para que no fueran cumplidas. A sabotear pedidos que llegaban de la capital, a demorar respuestas de sus subordinados. Fueron cinco años de dedicación paciente.

Cuando se dieron cuenta y decidieron cambiarlo de destino, el padre Juan Carlos quiso creer que lo suyo había servido de algo. Pero quizás no, quizás los hombres seguirían empeñándose en terminar la iglesia y lo suyo había sido un fracaso. Estaba bien así. De eso se trataba, después de todo.

EDMUNDO PAZ SOLDÁN





**RE-CAPITULACIONES**  
LEONOR ESGUERRA PORTOCARRERO



**F**ue una aventura loca, no sé cómo diablos se nos ocurrió la idea de celebrar los más que celebrados 100 años de Onetti, buscando el punto de encuentro con los escritores noveles. Mi mentor y cómplice de andanzas laborales se animó con una propuesta que había dejado yo caer al calor del vino y del almuerzo aquel de Casa de América, cuando pretendimos establecer el calendario de efemérides que recordarían al genial escritor. Mientras oía atenta el listado de eventos en agenda, pensaba que era imposible mejorar las ideas lanzadas: la conferencia magistral de Vargas Llosa, la de Antonio Muñoz Molina o el ciclo de mesas redondas en la Biblioteca Nacional. ¿Qué quedaba por hacer que fuera de interés? Solo el encierro. Así pues diligente como la que más y solo en razón de estar estrenándome en los zapatos de mi antecesor –corredor de grandes ligas– me lancé a lucirme como el gato con sus botas de siete leguas y propusimos la audacia de llevar a un puñado de escritores iberoamericanos, consagrados onettianos o sanmarianos, a una encerrona en un convento! Qué insensatez! Qué se le podría haber perdido a Onetti en un monasterio de camino a Finisterre, en pleno verano extremeño y en un pueblo de cinco casas, cuatro viejos y con suerte y lupa, dos almas más? Nada, absolutamente nada!

Sin embargo, ahí estaban. ¡Habría sido el espíritu de Larsen, ¿quién si no?!

Sucedió tras una serie de cartas de convocatoria que obligaban –compromisos afectivos con la Casa (de América) socia de aventura– y ese no poder o no saber decir que no tan suramericano; la curiosidad, la deuda con los maestros o el ritual de volver a matar al padre, hizo el milagro de reunir a los jóvenes y no tan jóvenes novelistas al final del mes de julio, allá en San Benito el de Alcántara.

Arrancamos en un bus inmenso, con solo cinco escritores, dos técnicos de televisión y esta cicerona. Cuatro más quedaron en llegar por sus propios medios; el anfitrión, a la espera. Más zozobra. Pero como dicen en España,

había “buen rollo”. Se notó desde el almuerzo de bienvenida, todos lucían su mejor semblante, se apreciaba la camaradería y la curiosidad por lo impensado. Así rociamos con vino las ganas de emprender la aventura, las entrevistas televisadas y la conversación fácil de los escritores, hasta la descomposición momentánea de uno de los viajeros, atenuaron el largo viaje poniendo notas de color a la incertidumbre de cómo terminaría aquello.

La tarea en principio era fácil, muchas horas de inspiración, de lecturas y de repastos a los textos y dos o tres de evocaciones, relatos y memorias tanto en la mañana como de tarde. Unas entrevistas personales para el canal cultural y los propios pensamientos, pero estaríamos lejos, solos y enclaustrados. Menudo riesgo!

Todos fueron llegando, todos cumplieron su extraña cita con Onetti en la celebración más *sui generis* de las que tuvo en estos sus 100 años. Cada anochecer estuvo regado con whisky (*remembering* Onetti) y servía de recarga de baterías mientras urdíamos complicidades. Cada chin chin a la salud del único que no se hubiera dejado meter “ni de vainas” en un lugar con olor de santidad sirvió, entre carcajadas, preguntas y medias respuestas, para desvelar las personalidades magníficas de los diez escritores conventuales. Cada uno podría emular en algo a Onetti. No por acaso es la zaga. De los dos uruguayos, quizás Jorge es el más igual a sí mismo, más perfectamente onettiano en su comportamiento, más improbable y más auténtico. Con sus demonios perseguidores desacralizaba el claustro, tanto como Pedro, el dominicano desfachatado, irreverente y dispuesto a abrir un prostíbulo en el mismísimo altar mayor de una iglesia que no es o a la que ya no le queda nada. Rafael, preciosista y conocedor de las versiones y tergiversaciones de Onetti, contó miles de anécdotas que animaron la imaginación de los oyentes. Solo así pudimos asumir el reto de recontar a Onetti más allá y más acá de las tertulias. Queríamos torcerle el pescuezo hasta obligarlo a vomitar un cuento –interpuesta persona– de inspiración conventual, decadente y con almizcle de trago regurgitado. Juan Gabriel, elegante y un poco distante, alumno brillante –casi eatoniano– tanto de Faulkner como del boom latinoamericano, fue sobrio y tiene futuro (todos y cuántos), lo llamaron Mario. Carlos, inenarrable, de pose británica y de narrativa austral, circunspecto y mucho, sin saber cómo ni a qué horas se fue entregando. Santiago, maleable en su genialidad, retozón, “naughty boy”, consagrado tempranamente se permite todo, puede hacerlo y es audaz. Edmundo, magnífico entre los buenos, acusa el paso por la escuela americana y carga el peso de cierta petulancia cornelliana. Le viene bien. Eduardo, presentador de escritores, moderador en conversatorios y

comentarista, liberado del peso de las musas, tuvo a su cargo parte de la intención afectiva, puente entre conocidos y advenedizos. Miguel Angel fue fugaz pero cumplió. Estuvo, habló y escribió. Se fue con ganas de más y con cierto arrepentimiento de no haber creído que el retiro iba a ser bueno. Santos, el inenarrable Santos, también podría haber sido un personaje de Onetti, habitante cascarrabias de cualquier Santa María, se fugó sin vestir el hábito. Y Juan, grande Juan, torero de muchas plazas, contó lo que sabía e inventó lo que quiso, llegó tarde pero no hizo falta más, las verónicas y las muletillas fueron perfectas. Puso la guinda del cierre y resultó genial!

El final no ha llegado. El encierro fue tan entretenido que Antonio y yo no acabamos de pedir los bises. El Manifiesto de San Benito mantiene el compromiso, y los aplausos y ovaciones se vienen prolongando por meses a modo de publicación de cuentos en los medios y este hermoso libro que cierra al fin con llave y candado, la puerta del Convento que deberá abrirse de nuevo cuando la Orden del Clavero Mayor otorgue sus primeras becas a ciertos escritores iberoamericanos que necesiten de la soledad y el aislamiento para entregarse a su musa. Servirá también de testimonio de cómo empezó todo y será cuando cada becario de Alcántara vestirá el hábito y dejará su cuento!

LEONOR ESGUERRA PORTOCARRERO  
*Directora de Cultura de la Secretaría General Iberoamericana*





ESTE LIBRO SE TERMINÓ  
DE IMPRIMIR EN  
DICIEMBRE DE 2009,  
CUANDO SE CUMPLEN  
CIEN AÑOS DEL  
NACIMIENTO EN  
MONTEVIDEO DE  
JUAN CARLOS ONETTI.  
CON SU PUBLICACIÓN LA  
SECRETARÍA GENERAL  
IBEROAMERICANA  
RINDE HOMENAJE A LA  
FIGURA DEL  
INOLVIDABLE ESCRITOR  
URUGUAYO.

© Secretaría General Iberoamericana  
© de los textos: sus autores  
© de las ilustraciones: Jorge Arranz

Maquetación: José M<sup>a</sup> Lago  
Imprenta y encuadernación: Gráficas Arias Montano, S. A.

Depósito Legal: M. 52.761-2009



